

UNA NOVELA CHILENA FENÓMENO EN WATTPAD

Mi vida es un DESASTRE

Soy Leah, odio a todo el mundo (en especial
a dos idiotas) y tengo flematofobia.
¿Que qué demonios es eso?
Miedo a ser besada, ¿lo pueden creer?
Sí, lo sé, ¡una estupidez!

Lily Del Pilar

Planeta

Gracias a la gentileza de Ramiro Alex Flores Santa Cruz | rzdeveloperok@gmail.com

En Librerías Mi Vida Es Un Desastre Leah Es Un

Escrita por: *Lily_delPilar*

Descripción:

HISTORIA PUBLICADA EN PAPEL POR EDITORIAL PLANETA. "Mi santísima madre dice que soy malhumorada desde que nací, pero se equivoca: no es que mi naturaleza sea antipática, lo que pasa es que me volví poco tolerante a la idiotez cuando me aceptaron en Highlands, hábitat natural de los dos simios más insoportables del universo: James O'Connor y Derek Blair. A mi favor, ¿quién podría disfrutar yendo a un internado para millonarios donde todos te ignoran, eres blanco de bullying y recibes cartas que amenazan tu vida? Es más, ¿quién podría ser feliz en ese horrible lugar soportando el acoso del chico más cotizado de la escuela y siendo víctima de la fobia más estúpida de la vida? Por supuesto que yo no, así que... ¡no se diga más de mi malhumor!". Segunda parte de la saga "Leah es un desastre": La universidad es un desastre <http://www.wattpad.com/story/3212961-la-universidad-es-un-desastre-leah-es-un-desastre> Facebook autora: https://www.facebook.com/pages/Lily-delPilar/125972644228226?ref=tn_tnmn Facebook de la saga: <https://www.facebook.com/LeahEsUnDesastre?ref=hl>

Libros disponible en México, Argentina y Chile

Les escribo esto para recordarles que el libro ya está disponible en las librerías de estos países: **México, Argentina y Chile**. Y si van y no está, basta con que lo pidan en el librería y se los llevarán ;)

Si eres de otro país y quieres el libro, por favor, no me lo pidan a mí porque yo en verdad que no puedo hacer nada, deben pedírselo a la editorial en sus redes sociales, es así como México y Argentina lograron que el libro les llegara.

Ante lo mencionado anteriormente, solo puedo decir que la **editorial Planeta Colombia, Perú y España** tiene conocimiento del libro (los editores tienen el manuscrito pero no lo han leído porque... bueno, como nadie se lo pide, no tienen apuro en hacerlo) así que si presionan, lo lograrán, harán que los editores por fin lean el libro y decidan importarlo a su país. Así que si lo quieren, deben pedirlo una y otra vez hasta que se aburren los de la editorial y lo lleven (eso pasó en México: los lectores mexicanos estuvieron dos meses todos los días, sin faltar ni uno solo, pidiéndolo y, al final, la editorial aceptó la publicación y ahora lo pueden encontrar en sus librerías).

Ahora les dejo las redes sociales que encontré.

Colombia:

Facebook: Planeta de Libros Colombia

Twitter: <https://twitter.com/PlanetaLibrosCo>

Perú:

Facebok: Planeta de Libros Perú

Twitter: <https://twitter.com/PlanetaLibrosPE>

España:

Facebook: Planetadelibros.com

Twitter: <https://twitter.com/Planetadelibros>

Venezuela:

Facebook: Planeta de Libros Ve

Twitter: <https://twitter.com/PlanetaLibrosVe>

Uruguay:

Facebook: PlanetadeLibros Uruguay

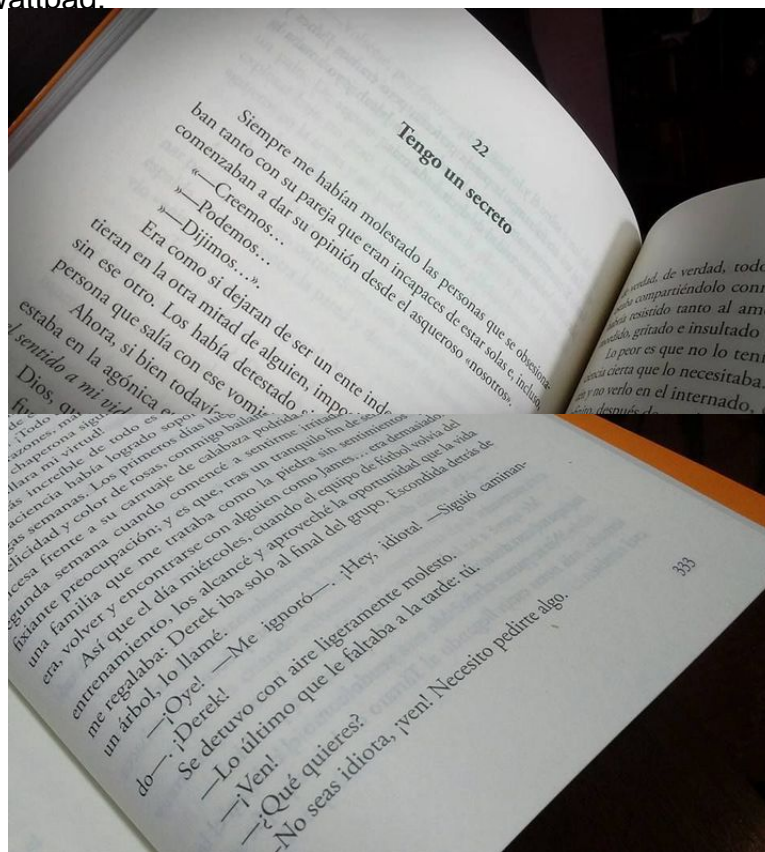
Twitter: <https://twitter.com/PlanetaLibrosUY>

Ecuador:

Facebook: Planetadelibros Ecuador

Twitter: <https://twitter.com/PlanetaLibrosEc>

A continuación les adjunto dos bellas imágenes con dos escenas que nunca estuvieron en wattpad.



Dije que serían dos, pero aquí va un comodín.

Molesta, tironeé una silla de plástico, de esas con un enorme logo empresarial y posa brazos, y me senté al final del pasillo casi en el antejardín.

—¿No estás incómoda? —me preguntó Josh, mientras buscaba algo en el desorden.

¿Sería acaso ese un milagro: Josh preocupándose por mí?

—No, ¿por qué?

—Ah —negó distraídamente, agarrando la escalera—, es que creía que a los murciélagos les gustaba descansar de cabeza.

—¡DEJA TRANQUILOS A MIS MALDITOS BRAZOS!

Sulfurada, cerré los ojos con el sol de otoño calentándome.

—Leah, ¿no deberías entrar? —insistió Josh.

—¿Por qué? El sol está agradable.

—Exacto, a los murciélagos no les gusta el sol.

No puedo irme sin antes darles las gracias a todos por tanto apoyo, sin ustedes jamás mi libro habría sido publicado ni mucho menos cruzado la frontera (irónico que mi libro salió del país primero que yo jaja), no saben lo hermoso que es cuando me envían sus fotos con el libro o cuando me llegan comentarios de nuevos y viejos lectores. En verdad que gracias por tanto y lo siento por estar desaparecida, pero entre las cosas de promoción que debo hacer para Mi vida es un desastre, la edición de La universidad es un desastre, que egreso dentro de tres semanas y que tengo que entregar memoria de título dentro de tres semanas también, no tengo tiempo ni para dormir.

Nos vemos y cuidense.

Los quierooooo.

Bye.

¡EDITORIAL PLANETA NOS PUBLICA!

Como algunos sabrá, porque me siguen en mis redes sociales (Facebook: Lily DelPilar y Saga Leah es un desastre. Twitter: Lily_delPilar)...

¡EDITORIAL PLANETA NOS PUBLICA "MI VIDA ES UN DESASTRE"!

Adsadsadsa .-.

Sí, sí, leyeron bien, Editorial Planeta publicará Mi vida es un desastre.

Adsadsadsa

.-.

Es difícil intentar ordenar todo para contárselos, así que les pedí en mi Facebook que me hicieran las preguntas de lo que tenían dudas y yo las respondería. Aquí vamos.

1.- ¿Estás emocionada?

Es complicado decirlo, es una mezcla de emociones muy abrumadoras.

Principalmente, predomina el terror. Sí, muchos dirán ahora, ¿no deberías estar sólo emocionada? Sí, pero también siento terror porque se me brindó esta magnífica oportunidad de publicar mi libro, y... ¿y qué sucede si no rinde? Sería como llevar años dedicándote a algo para descubrir que no eres buena en eso. Así que, sí, siento mucho terror por mi futuro incierto jaja. No me gusta fracasar ni mucho menos ser rechazada, por lo que estoy un poco histérica jajaja.

2.- ¿Desde cuándo sabes que vas a publicar?

Desde hace más menos un mes que tengo la idea, pero no podía decirles porque todavía no estampaba mi hermosa firma en el contrato. Y no quería ir con el rumor y después que no fuera nada.

3.- ¿Tú te contactaste con la editorial o ella te buscó?

Yo me contacté por el medio tradicional (es decir, envié mi manuscrito) y ellos me respondieron que la habían leído y les había encantado y que querían publicarme. Fue tan vergonzoso ir a una reunión con editores, gente que sabe del tema, y hablar de mi libro. Estuve casi toda la reunión con un punto suspensivo en la cabeza y rostro de "¿Qué sucede aquí?". No les puedo contar más, porque es confidencial.

4.- ¿Sabes cuándo se publicará?

Por lo que me han comentado, quieren publicarla para vacaciones. Es decir, entre enero y febrero del 2016. Justo para recibir mis 24 años jaja (para los que no saben, estoy de cumpleaños el 17 de enero ¬¬)

5.- ¿Sabes cuánto costará?

Ni la menor idea. Pero no serán baratos (ejemplo, la serie After es de Editorial Planeta, así que más menos con esa podrían comparar precios), por lo que... ¡ahorren desde ya! xD

6.- Lily, ¿llegará la novela a mi país?

Como sabrán, yo soy chilena por lo que el contrato se hizo en Chile (una genio, no digo yo). Por el momento, el libro sólo será sacado para Chile. La editora de Planeta CHILE está bastante entusiasmada con mi novela y, según lo que me ha comentado, cuando le entregue el manuscrito listo, quieren empezar a moverse para que Editorial Planeta de otros países se interesen por él y decidan publicarlo, pero que no habrá respuesta hasta que la editorial vea que la novela está vendiendo. Si vende en Chile... perfecto, porque se hará internacional y todo será hermoso. Si no vende en Chile... :c ¿ahora entienden por qué siento tanto terror? Imagínense si no vende en Chile, ustedes que viven fuera de mi país ni siquiera van a poder comprar la novela ni ver todas las escenas nuevas y maravillosas que hay :c así que si conocen gente de Chile, moléstelos para que compren la novela jajaja

7.- ¿Cambiará en algo la novela a la que está en wattpad?

Sí. Llevo trabajando mucho tiempo en ella (desde que dijeron que querían publicarla). Hay escenas nuevas repartidas por todas partes. La primera mitad de la novela quedó igual, pero con un capítulo nuevo agregado. La segunda mitad es la que está sufriendo cambios.

¿Por qué estoy agregando y cambiando cosas? Porque la editorial me dijo "Esta es tu última oportunidad para cambiar y agregar las cosas que deseas" y yo me tomé muy en serio eso jajaja Las cosas que estoy cambiando, son cosas que no me gustaban. Y las que estoy agregando, es para que exista material nuevo.

PERO NO SE ASUSTEN, NO ENTREN EN PÁNICO. Terminará igual, suceden las mismas cosas, pero con un toque ligeramente diferente.

En la reformada historia, habrá un capítulo nuevo (11: El día que Leah lo rechazó) al principio y dos o tres al final.

Las dos escenas que han leído en mi Facebook Lily DelPilar son nuevas, por ejemplo.

En serio, han de confiar en mí, está quedando genial.

Aquí les dejo un ejemplo de escenas nuevas.

Escena 1 (La que subí a mi facebook):

"Si bien me había tomado años entender a James y Derek por separado, juntos eran un caos que ni ellos mismos comprendían. Les bastaba con estar al lado del otro, para que sus cerebros comenzaran una marcha completamente distinta. Se transformaban y el mundo tenía que padecer ante ellos. La principal afectada, yo. Me perseguían, me inventaban nombres, me asfixiaban, me hacían travesuras, me pinchaban hasta que yo reaccionaba y hacía algo para intentar matarlos. Lo que más les gusta era huir de mí y comprobar que yo era una tortuga con tetas intentando

alcanzar a dos liebres. Sobre todo, les encantaba escalar el árbol ubicado al costado del sector de chicas en el edificio con habitaciones. Innumerables veces los había visto subiendo por él y escondiéndose de mí, para que yo no lograra recuperar... lo que fuera que me hubiesen robado ese día; y todas esas veces, les había lanzado zapatos, manzanas y estuches para intentar... no matarlos, pero sí mutilarlos o herirlos gravemente. La cosa es que, estúpida de mí, más de una vez había intentado escalar por el maldito árbol mal nacido que lo parió, pero me bastaba con llegar a la segunda rama para caer al suelo como saco de papas.

Y se reían, los bastardos. Se reían, nada de preocupaciones, nada de un James O'Connor saltando del árbol para rescatar a su princesa. Se reían y burlaban, y Derek comentaba «Con esa caída seguro que a la muy burra se le aplastaron las neuronas y ahora decide salir contigo, amigo». Y James contestaba, «Eh, Leah, ¿te gustaría salir conmigo?». A lo que yo escupía un «¡Por supuesto que no!». Y seguían las risas y más risas, hasta que lograba ponerme de pie, comprobaba mentalmente que no me había quebrado nada, y me marcha, mientras Blair me lanzaba a la cabeza un rollo de papel higiénico. "

Escena 2 (Algunos adivinarán en qué capítulo se agregó esta escena): La que subí en mi facebook

"—¿Vienes aquí con Derek a tener sexo? —bromeé.

Se le subieron los colores a la cabeza.

—A fumar —aclaró, todo avergonzado—. Vengo con Derek a fumar.

—Ah, ya me había emocionado. Los shipeo desde hace mucho tiempo, ¿sabías?

—¿Shipeo?

Se me olvidaba que hablaba con un hombre como James y no con una fanática descerebrada como yo, que se ponía a chillar como loca cuando tenían alguna clase de acercamiento la pareja que le gustaba.

—Unir románticamente a dos personas —expliqué.

Pestañó lentamente, procesando la información de que yo me lo imaginaba a él y a Derek en modo romántico.

—Derek es mi mejor amigo, ¿lo entiendes? Sí, tal vez él me haya visto desnudo un millón de veces y yo lo haya visto desnudo por lo menos una vez al día desde que nos hicimos amigos... pero sólo somos eso, amigos.

El muy tarado aún creía que yo hablaba en serio.

—Ah, qué decepción. Creí que tenían algo en secreto.

James estaba tan, tan avergonzado y complicado intentando explicar su relación con Derek.

—Es que... —Se llevó una mano a la cabeza y se desordenó el cabello—. Tal vez creíste eso por cómo nos tratamos o porque siempre estamos juntos o porque nos tocamos mucho.

Lo hacían, en verdad lo hacían. Siempre se estaban golpeando, abrazando para saludarse y despedirse, hablando tan cerca que sus hombros se rozaban, desordenándole el cabello al otro, golpeándose en el trasero para apresurar al que iba delante. Se tocaban más de lo que dos amigos normalmente hacían, y ese era el tema, que no eran normales y su amistad escapaba a todas esas normas sociales. No porque fueran hombres para ellos era tabú el abrazarse, por ejemplo.

—Sí, puede que haya idealizado su relación por eso —me hice la pensativa—. De hecho, me sorprende que Derek no esté por aquí escondido para ayudarte a desnudar.

—No hacemos todo junto —contestó, contrariado.

—Pff. —Bufé—. No me extrañaría sacarte la camiseta y encontrar una cámara pegada a tu pecho con Blair monitoreando tus movimientos.

Entrecerró los ojos.

—Mira y verás.

Se quitó la chaqueta y la lanzó al suelo. Le siguió rápidamente su camiseta, quedando desnudo de cintura para arriba.

La lengua se me enredó en la boca. Quedé como pollo, con un derrame cerebral y una taquicardia que me mataría.

Tosí para eliminar la parálisis lingual que me había dado.
—Sólo me había estado burlando —chillé."

Escena 3:

"Como es de esperar en James O'Connor, se dejó caer a mi lado apenas pisé el gimnasio. Con el pecho inflado como ave en apareamiento, estiró la mano y se inclinó suavemente, con el otro brazo detrás de su espalda.

—¿Me haría usted el honor de concederme esta pieza, milady?

Puse los ojos en blanco, mi corazón aleteó como un colibrí con hiperactividad.

—El trato era que me presentara en el gimnasio.

Ah, y ahí estaba esa sonrisa de «Podría darte lo que quisieras... si me lo permitieras».

—Es que no me dejaste terminar el contrato —objetó.

Apreté los puños.

Blair se paseaba cerca de nosotros con una mirada siniestra en los ojos.

Suspiré.

—Sólo un baile.

O'Connor siguió con la mano estirada. Sin más opciones, se la agarré como si fuera a hacerle una llave de judo y lanzarlo sobre mi espalda. No se quejó.

La música, de pronto, cambió y un vals lento y empalagoso salió de los parlantes.

Puse mi mano libre en el hombro de O'Connor y me di tanto espacio como pude. Es decir, con una mano lo agarraba como si quisiera practicar judo y con la otra lo mantenía alejado. Por lo menos había un metro de distancia entre nosotros.

O'Connor deslizó su brazo libre por mi cintura e intentó apegarme hacia él.

Accidentalmente levanté mi pierna más de lo necesario y mi rodilla conectó con su entrepierna. O'Connor hizo una mueca de dolor, mas no me soltó, el muy hijo de su mamá."

8.- ¿La editorial cambiará la novela como a ellos les guste?

La editorial no tiene derecho a cambiar algo de la novela sin que el autor lo apruebe. Tú le entregas un manuscrito, ellos te lo reenvían con CORRECCIONES (dedazos, faltas de ortografías...) Y SUGERENCIAS. Ahí es decisión del autor aceptar o no los consejos de la editorial para cambiar algo o no. A mí, por ejemplo, me aconsejaron chilenizar la novela (es decir, hacer que los personajes hablen con modismos de mi país) pero yo he de rechazar eso, porque... ¿se imaginan a Leah diciendo "Hueón"? No, horror. La dejaré en mi idioma neutro.

Si se preguntan por qué la editorial me sugirió chilenizarla, es porque, lamentablemente, eso es lo que vende en Chile, así que voy a correr un enorme riesgo en no hacerlo.

9.- ¿Sacarás Mi vida es un desastre de wattpad?

Sí. Les pregunté y me dieron permiso para mantenerla hasta antes de su publicación en papel. POR LO QUE TIENEN HASTA EL 20 DE DICIEMBRE PARA DISFRUTAR DE LA HISTORIA, luego sus capítulos quedarán vacíos. Estoy dando harto tiempo para que hasta se revuelquen con la historia xD

10.- ¿Sacarás La universidad es un desastre de wattpad?

Sí, pero luego, mucho después de que lo haga con Mi vida es un desastre. También tendré que entrar a editarla, porque los cambios nuevos en MI vida es un desastre, se arrastran a La universidad.

Por si no quedó claro, seguí resubiendo la novela.

11.- ¿Qué sucederá con El viaje es un desastre?

Todavía pienso en comenzar a publicar en wattpad, pero en vista que no tengo tiempo... porque tengo que editar dos novelas, será complicado. Además, como habrá cambios en las dos novelas anteriores, que no conocerán a menos que hayan leído su nueva versión, puede que en algunos momentos estén como "No sé lo que sucede". Pero ahí lo veremos, con el tiempo :)

12.- ¿Nos mencionarás en los agradecimientos de Mi vida es un desastre?

Por supuesto, pero en general o sino tendría que poner 38.000 nombres xD

13.- ¿Estará disponible en todas las librerías?

En Chile sí, en otros países tendrán que esperar a que en Chile le vaya bien :) (Lectores de otros países odiando a los chilenos en 3, 2, 1)

14.- ¿Irá el Capítulo Especial de Mi vida es un desastre que está en amazon?

No. Los capítulos nuevos que tendrá son... nuevos, inéditos para todos. En vista que el Capítulo Especial no irá, lo subiré algún día a wattpad :) Yo creo que para el cumpleaños de Leah.

15.- ¿Cambiarán la portada?

Sí. Y cuando me lo dijeron, lo primero que hice fue rezar y pensar "Dios, que no sea fea" xD

La van a cambiar porque, las que dibujé yo, pareciera que el libro está dirigido a un público de edad menor (entre 10 a 13 años, cuando será dirigida a público entre 14-Momia de tutankamón). Así... crucen los dedos y recen para que no sea fea.

16.- ¿Qué dice Leah de que le vayan a publicar la novela?

Tuve que esconder todos los cuchillos mantequilleros, esa chica tiene un serio problema con intentar suicidarse con uno de esos.

17.- ¿Estarás en alguna presentación en Chile?

Sí y estoy un poco histérica y emocionada por eso. Odio hablar en público jajaja se supone que habrá una presentación de lanzamiento del libro, donde tendré que hablar, y firmas. Si la firma de libros es mucho después del lanzamiento del libro, creo que el día que se publique me iré a infiltrar por alguna librería, he de sacarle fotos a mi libro en una librería jajaja

18.- ¿Recibiste ofertas de otras editoriales?

No, porque como les decía, yo envié el manuscrito a la editorial.

Creo que he respondido todas sus dudas, si quedó alguna por ahí... déjenla en comentarios :)

En verdad muchas gracias por todo. No hacen más que felicitarme por Facebook, pero soy yo las que los debo felicitar porque el enganche con la editorial comenzó porque vieron que la historia era popular.

Muchas, infinitas, gracias.

Son maravillosos T_T

Sinopsis

Acá debería haber un video, pero en PDF no se admite :

1: James O'Connor.

[Historia en papel publicada por Editorial Planeta, puede encontrar el libro en todas las librerías de Chile]

1

James O'Connor

Traspasé el portón de metal como cada lunes por la mañana y me enfrenté a todas mis pesadillas hechas de ladrillo rojo. Un edificio de tres pisos de altura, con metros de césped cuidadosamente cortado a su alrededor y una entrada que se imponía frente a mí, se encontraba a solo unos pasos de destruir mis esperanzas. Por mucho que había rezado la noche anterior para que el día se extendiera hasta el infinito, no había ocurrido y, como siempre sucedía, ese lunes 23 de abril fui obligada a entregarme los cinco días de penurias y desesperación.

Yo no iba a cualquier escuela: yo estaba obligada a asistir al exclusivo internado Highlands. Ya de por sí la sola idea de pasar tanto tiempo encarcelada era difícil para

cualquier persona, pero para mí era el doble, triple y hasta seis veces más terrible que para el resto. No solo porque era un internado para alumnos problemáticos con dinero, sino porque a mí no me correspondía estar allí. Si a la directora no se le hubiese ocurrido la genial idea de becar a alumnos destacados con problemas económicos, para así subir el rendimiento de la escuela, yo no estaría ahí. Por supuesto que mi familia no había pensado en rechazar la oferta cuando llegó la carta de aceptación, a pesar de mi negativa rotunda y reiterada, porque no, me negaba, no pensaba ir a un internado. Lástima que no valoraron mi opinión...

Me desplazé entonces hacia el calabozo por el camino pavimentado, mientras gimoteaba y lloriqueaba con cada paso que daba. Mis zapatos gastados sonaban al arrastrarse por la vereda, y es que hasta mis pies sabían lo que me esperaba una vez que cruzase las puertas internas de roble. A mi alrededor los alumnos bajaban de sus costosos automóviles, con las maletas siendo arrastradas solo un par de metros por sus delicadas manos. En cambio, yo debía llevar un pesado bolso cruzado, ya que la maleta que me habían regalado junto con el uniforme, la había asesinado al utilizarla como asiento y no me alcanzaba para comprar otra.

Me tambaleé todo el camino hasta la puerta, siendo seguida por miradas de desprecio provenientes de los arrogantes alumnos de Highlands. Ignoré el intento de hacerme sentir mal. Que se pudrieran los malditos, a mí no me importaba.

Una vez que traspasé las puertas de madera, me encontré en el enorme hall central, con altos techos y un marcado estilo gótico. Los pisos relucían de limpios de tal manera que, si miraba hacia abajo, me veía reflejada en la baldosa. En una de las esquinas de la estancia había una pequeña cabina con un señor de uniforme que rondaba los cincuenta años.

—Buenos días, don Pedro —saludé al portero.

Me devolvió el gesto con una sonrisa en el rostro arrugado y con sus ojos negros chispeando por el buen humor.

—No son tan buenos para usted parece... —respondió.

Fiel a mi personalidad, quise hacer un escándalo de proporciones y mencionar por lo menos un millón de cosas del por qué los «buenos días» desaparecían de mi vocabulario todos los lunes y no regresaban hasta el sábado. Pero me contuve y solo dejé entrever levemente mi disgusto, muchas gracias.

—Ya estoy deseando que lleguen las siete de la tarde del día viernes.

Soltó una carcajada grave que me recordó al viejo perro de la casa de enfrente donde vivía mi tía.

—Siempre impaciente por salir libre. Debería intentar disfrutar la estadía y no esperar el término; solo se le alargarán los días de esa manera.

Era imposible que pudiese soportar los gestos de desagrado de esos estúpidos, con una sonrisa aún más imbécil en el rostro. No era mi estilo y nunca lo sería.

—Como sea —contesté—. Que tenga un buen día.

Estaba a punto de marcharme cuando alguien agarró mi bolso, pasó la correa cruzada por sobre mi cabeza y jaló de paso mi cabello tipo medusa que se había enredado en la tira.

—¡Eh! —me quejé, girándome con rapidez—. ¿Pero qué...?

Oh, no. ¿Por qué él, por qué ellos, por qué ahora?

Gemí internamente, mientras mis deseos de un «gran día» se deslizaban hasta el tártaro. Había pensado, erróneamente, que no tendría que verlos hasta por lo menos en diez minutos más, pero me había equivocado. Ahí estaban, frente a mí, los dos hombres que me hacían la vida imposible.

Alto, cabello negro desordenado y demasiado guapo, James O'Connor con sus ojos azules y simétricas facciones, era difícil de ignorar, más aún si lo tenía a solo un paso de distancia. Su mejor amigo, igual de alto y con el pelo oscuro más largo de lo permitido, pero con ojos cafés y con pinta de creerse el ser más irresistible del mundo, era conocido como Derek Blair.

—Devuélveme mi bolso, O'Connor —le ordené al chico, que ya lo colgaba en su hombro.

De seguro saldría corriendo con él y se lo llevaría a su habitación, para así reírse de las cosas que llevaba en él (en su mayoría libros).

—¿No quieres ayuda? —preguntó.

—No quiero nada tuyo —repliqué.

Blair, que se había mantenido callado hasta ese entonces, rio encantado.

—Vaya carácter —comentó—. Yo haría otra cosa con esa lengua tan afilada, sino fueras tan...

Finalizó con las cejas alzadas y los labios fruncidos, dejando entrever que era muy poca cosa para él.

—No me importa tu opinión. —Me giré hacia O'Connor—. Deja mi bolso en el suelo, quiero irme.

O'Connor negó con la cabeza.

Observé a don Pedro interrogándome con la mirada desde la cabina. Negué con un suave movimiento, ya podía yo sola con esos dos. Además, prefería que don Pedro se quedara fuera de esas peleas estúpidas que tenía cada día con O'Connor.

—Solo te lo devolveré si...

—No —lo corté.

No necesitaba oír la oración completa para saber de lo que estaba hablando.

—¡Ni siquiera me has dejado terminar! —exclamó indignado.

Crucé los brazos y mostré una expresión aburrida.

—Me ibas a pedir una cita, como todos los lunes en la mañana.

Blair parecía encantado de ver a su mejor amigo humillado.

—Patético, amigo, patético —cantó. Luego, como si recordara de pronto que no tenía nada que hacer ahí, siguió—. Nos vemos en clase.

Y silbando muy campante, se marchó con una mano en el bolsillo del pantalón.

—No te iba a pedir una cita —informó O'Connor con todo el orgullo herido. Parecía un pavo real con las plumas despeinadas.

—Lo que sea, no me interesa. —Estiré la mano para que me devolviera mis pertenencias—. Mi bolso.

Me contempló por un par de segundos, analizando mi postura inquebrantable, antes de quitarse el bolso y casi lanzármelo en la mano. Me tambaleé por el peso que mi delgado brazo no podía soportar de un sopetón.

O'Connor agarró su maleta de un asa y los músculos del brazo se le marcaron a través de la camisa. Aunque, claro, me fijé en eso porque... porque O'Connor... simplemente, había sido un acto reflejo de mi cerebro. Por ningún motivo había sido un movimiento ocasionado por el placer u otra cosa ridícula. No, señor.

Lo vi marcharse con la mirada clavada en su culo... sí, ¿y qué? Se lo miraba, ¿y qué? Era una perversidad de la peor calaña, ¿y qué? No era mi culpa, en serio. No es que yo no mirase su trasero, era su trasero el que me buscaba a mí. Juramento de ardilla exploradora.

Con un último vistazo modo perverso, agarré el bolso y me lo crucé. Empecé camino a duras penas hacia el edificio donde se encontraban las habitaciones, maldiciéndome por no haber aceptado la ayuda de Jam... quiero decir, de O'Connor. Aunque lo mejor era no deberle favores a ese hombre.

Entré en un enorme patio con césped y regaderas automáticas. Caminé por el corredor semi abierto construido de piedra que me hacía recordar algunos pasillos de Hogwarts, lo que me traía a la mente la idea de que era Hermione desplazándose por la escuela de magia y hechicería. Por ambos costados del corredor se extendía el color verde del pasto. A la izquierda se observaba la continuación de la fachada principal de tres pisos, que juntos formaban una L, donde se encontraban las salas de clase. A mí costado derecho, el césped se expandía por varios metros, hasta que a lo lejos se divisaban dos edificios más. Eran el estadio y el gimnasio de la escuela, este último equipado con una piscina, que pronto sería reabierto, y canchas para

practicar diversos deportes.

Por otro lado, frente a mí y hacia donde me dirigía en ese momento, estaba el edificio con las habitaciones que constaba de cuatro pisos. Todo el costado derecho pertenecía a las chicas y el otro era para los varones. Finalmente, rodeando toda la escuela, y para que no nos escapáramos, había un murallón de tres o cuatro metros de altura que nos alejaba de la libertad.

Jadeando por el esfuerzo (estado físico: nivel vaca), llegué a la entrada y abrí la puerta con un precario equilibrio, el cual perdí y terminé de cara al suelo.

Esperanzada de que nadie me hubiese visto, levanté el rostro lentamente.

Alguien pasó por encima de mí.

Era... sí, era O'Connor.

—Vas tarde —me informó.

No se detuvo para hablar ni para ofrecirme ayuda, ahora que estaba dispuesta a aceptarla. Abrió la puerta del edificio y salió, cerrándola detrás de él. La señora Smith, que supuestamente era la encargada de cuidar el edificio para que los chicos no subieran a las habitaciones de las chicas, brillaba por su ausencia como siempre. Me puse de pie a duras penas, dejando el bolso tirado en el suelo. Saqué el celular del bolsillo del uniforme femenino, que era una especie de vestido gris abotonado al frente, y busqué el mensaje que me había enviado mi mejor amiga hacía solo unos minutos.

«Enviado por: Bella.

Habitación 402».

Bloqueé las teclas y volví a guardar el aparato en el bolsillo.

En Highlands había la costumbre (igual a orden) de cambiar compañeros de cuarto cada dos semanas, así la directora nos impedía forjar lazos duraderos que pudiesen llegar a convertirse en una pandilla revolucionaria. Pero el hecho de que el padre de Bella donase constantemente dinero al internado, le daba a mi mejor amiga un estatus especial, lo que le permitía un par de privilegios como el de elegirme como compañera de cuarto cuando quisiera.

Como los ascensores del edificio aún se encontraban malos (uno se había echado a perder para el terremoto de principio de año y el otro hace más de un año), no me quedó más alternativa que arrastrar el bolso y subir las escaleras que llevaban a los cuartos de las chicas, con la bolsa golpeando cada uno de los escalones.

Llegué jadeando, despeinada y maldiciendo por la negligencia de no reparar los ascensores cuando todos tenían tanto dinero. Abrí la puerta del cuarto 402, ubicado en el cuarto piso, con la mente nublada y manos tirionas.

Si bien podría sonar extraño que en un internado con niños ricachones se tuvieran que compartir las habitaciones entre cuatro personas, esto tenía una razón lógica... o eso creía yo. De partida, no eran habitaciones normales; no eran grandes, sino gigantes, unos monstruos convertidos en cuartos, mi casa entera cabía ahí dentro, en serio. Segundo, cada habitación constaba con un baño y dentro de él había cuatros cubículos con inodoros, un espejo de pared a pared y una estancia adyacente con cuatro duchas. Lo único de barrio bajo eran las regaderas que tenían cortinas en vez de mamparas de vidrios. Según decía el rumor, hace años una chica se había tropezado en la ducha, se había dado con la mampara de vidrio, que se había quebrado y ella caído sobre un trozo de vidrio. Había muerto y por ello habían cambiado todas las mamparas por cortinas. Decían las malas lenguas que aquello había ocurrido en el cuarto 402... broma. De todas formas, agradecía el cambio; con mi mala suerte me habría convertido en la segunda víctima de las mamparas asesinas (si es que la primera era cierta).

Bueno, a lo que iba: tenía la hipótesis de que las habitaciones se compartían entre cuatro personas, porque así se les hacía más difícil a los adolescentes con hormonas revoloteadas encontrar su cuarto libre. Es decir, si lo compartías con una persona, bastaba con pedirle que se marchara a ver si estaba lloviendo en la esquina, para tener una habitación libre para un revolcón. ¿Pero poner de acuerdo a tres personas,

todas ellas "desconocidas"? Era misión bien imposible, sobre todo cuando el registro de asistencia era online, esto quiere decir que si el sistema lanzaba a dos personas con inasistencia en una clase, sin importar su nivel o sexo, comenzaba una cacería comandada por la directora en busca de los pecadores. Había visto por lo menos un millar de veces a la señorita Corell buscando a O'Connor y Blair por el internado; les encantaba faltar a una clase y esconderse solo para hacer su vida más emocionante. Claro, el problema venía luego, cuando los castigaban en la biblioteca y tenía la desgracia de tener que soportarlos en mi santuario. Por las noches era otro tema, nos custodiaban con cámaras de seguridad y guardias; una lástima que la directora no supiera que estos últimos solo se dedicaban a jugar a las cartas y ver televisión en su habitación acondicionada.

Lancé el bolso en la única cama de las cuatro que quedaba disponible y volví a cerrar la puerta. Ya sabría en otro momento con quién me había tocado compartir estancia, aparte de Bella. Saqué del bolso grande uno más pequeño, en el que llevaba los cuadernos del día lunes ya preparados, y salí corriendo a la primera clase, sabiendo que ese día sería un completo dolor de cabeza.

No me equivoqué.

Media hora más tarde, sentada en medio del aula de clases, me dedicaba a fulminar cada cierto intervalo de tiempo el cabello negro de O'Connor. Por su culpa no lograba comprender nada de lo que el profesor Núñez se esmeraba en explicarnos una y otra vez, a pesar de su avanzada edad.

Furiosa, aparté la vista de O'Connor y la clavé en el cuaderno de hojas amarillentas que tenía sobre el escritorio. Cerré los ojos y me obligué a prestarle atención a las palabras del profesor. Lo oí hablar sobre la historia de alguna parte del mundo que no lograba tener sentido en mi cerebro. Abrí los ojos y estos de inmediato se desviaron dos puestos a la derecha, específicamente hacia un joven atractivo que tenía la espalda pegada contra la pared y que observaba el cielo raso con aburrimiento. Un lápiz giraba velozmente entre sus dedos como una especie de hélice.

Frustrada, dejé caer con fuerza la cabeza contra el escritorio y ahí yací derrumbada por largos segundos. Mientras tanto el profesor Núñez, como siempre, se desviaba del tema y comenzaba a contar una anécdota de su vida que había ocurrido hace muchos años, la cual cambiaba cada vez que volvía a relatar la historia.

Me adormecí por unos instantes y desperté al sentir un extraño cosquilleo en la nuca. Al abrir los ojos me encontré con el iris azul que había estado evitando durante horas. Me sobresalté al descubrirlo observándome tan intensamente, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y con la cabeza levemente inclinada hacia la derecha.

Alguien me llamó a lo lejos.

Hice caso omiso.

Volvieron a pronunciar mi nombre.

Volví a no prestar atención.

¿Por qué era tan, tan, tan condenadamente atractivo?

La boca de O'Connor formó una sonrisa y, con un pequeño movimiento de cabeza, me indicó que mirara a mi lado.

Ignoré ese aviso, hasta que sentí una mano en el hombro.

—¡Señorita Howard! —exclamó el profesor Núñez. Alejé la vista de Jam... O'Connor y giré el rostro. El anciano profesor estaba inclinado hacia mí con los lentes colgando en la punta de su nariz. El sombrero, con ese estilo de los años cuarenta-cincuenta, le ensombrecía el rostro enojado—. ¿Ha vuelto a la Tierra o aún se encuentra en la Luna?

Enrojecí de golpe. Todos empezaron a reír escandalosamente. Pude distinguir las risas de O'Connor, Blair y... de Bella. Sí, cómo no. Qué gran amiga tenía, siempre dándome apoyo moral. No tuve el valor suficiente para desviar mi concentración unos segundos y fulminarla con la mirada para que se callara.

—Lo siento, profesor —me disculpé.

Realmente lo sentía. Pocas veces me habían reprendido por no prestar atención en clases, y las veces que lo habían hecho... sí, había sido culpa del estúpido de

O'Connor.

El profesor Núñez, con los labios apretados por el enojo, se giró y siguió con la clase, no sin antes lanzarme un par de palabras indirectas muy directas.

Maldito O'Connor. Siempre era su culpa. Tal vez si no fuera tan malditamente sexy no me ocurrirían esas cosas, pero lo era, así que no me quedaba otra que aceptarlo, aunque jamás se lo admitiría a algún ser humano, era un secreto que guardaba sagradamente.

Nadie podía saber que me sentía seducida por un mono. Qué pensaría la gente, que tenía zoofilia o algo así.

Suspiré. Y ahí estaban actuando de nuevo los traicioneros ojos que se desviaban para contemplar por última vez (¡Juro que sería la última!) el rostro de O'Connor. Lo pillé con la vista fija en mí y con esa sonrisa que me hacía querer estrangularlo, argh.

—Te descubrí —murmuró y a continuación se giró.

Mientras yo seguía embobada en él, una bola de papel chocó contra mi cabeza.

Distraída, me agaché para recogerla. Eran dos hojas arrugadas, desplegué una y leí: *«Límpiate la baba, Howard. Estás a punto de inundar la habitación y no soy Noé (¿O era José? No, me parece que era Moisés... Bueno, omite eso, a nadie le importa quién fue) para tener un arca y salvarme de morir ahogado.*

Se despide, siempre tuyo,

Derek Blair.

PD. Adjunto un retrato tuyo».

Miré la siguiente hoja.



Volví a suspirar derrotada.

No decía yo que el día había comenzado mal...

2: Filematofobia.

[Historia en papel publicada por Editorial Planeta, puede encontrar el libro en todas las librerías de Chile]

2

Filematofobia

Mis labios latían por la necesidad de ser besados, cada parte de mi cuerpo gritaba y suplicaba por la desesperación de tener los labios de James lo más cerca posible. Lo necesitaba. Lo quería. Deseaba todo su cuerpo pegado al mío para enredar mis dedos en su revuelto cabello y atraerle para besarlo.

Desesperada, agarré la camisa de James y, poco importándome la sonrisa socarrona que tenía plantada en el rostro, lo atraje hacia mí. Nuestras respiraciones se entremezclaron y nuestros labios se rozaron con sutileza.

Luego toda la inocencia del beso fue aplastada.

Los dos nos besábamos con fuerza, con mis gemidos inundando ese sector oculto entre las gradas del gimnasio, como una bonita melodía de fondo. Las manos de James me recorrían la espalda, deslizando la palma de ellas por la piel que dejaba expuesta al subir mi blusa. Gemí y me pegué aun más a su cuerpo. Me sentía afiebrada, con un calor que me inundaba el cuerpo por completo. Mi cabeza daba vueltas y me faltaba el aire. No tenía suficiente de él; lo necesitaba más cerca,

necesitaba más, más, más. Más besos, más piel y nada de ropa. Deslicé las manos por su espalda hasta llegar a los hombros y los apreté con fuerza debido a la frustración que sentía por no tener lo que mi cuerpo y mente me exigían.

Mi piel febril y caliente fue apoyada en un gélido fierro. Siseé por el cambio de temperatura, los vellos de la nuca se me erizaron y profundicé el beso, enterrándole las uñas en la piel.

—Necesito más, James —supliqué en un susurro, separándome lo suficiente para decir aquello.

Sentía los labios latir locamente y sabía que estaban rojos e irritados por...

—¿Qué dijiste?

Extrañada, sacudí la cabeza con fuerza y toda la escena que se había estado desarrollando escondida debajo de las gradas, desapareció de golpe. Pestañee rápidamente y enfoqué la vista en el joven que frente a mí había hablado y me miraba con el entrecejo fruncido.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz y todavía sintiéndome sofocada.

Contemplé mi alrededor. Genial, me había quedado dormida en la biblioteca. Lo que había comenzado con un «Voy a repasar un poco antes del examen», se había transformado en un sueño erótico. Vaya mierda. Vaya jodida mierda.

—Has dicho «Necesito más, James» —contestó O'Connor, ese mismo muchacho con el que había estado fantaseando hace unos segundos atrás.

Mis mejillas se sonrojaron de golpe. Eran como un faro que decía:

«Esta imbécil es una perversa».

Tosí incómodamente y alcé el mentón desafiante.

—Yo no he dicho eso —respondí.

Una sonrisa burlesca se dibujó en el rostro de O'Connor.

—¿Estabas fantaseando conmigo?

—¡Por supuesto que no! —chillé. La bibliotecaria me lanzó una mirada furiosa sobre el libro que estaba leyendo. Volví a toser, me acomodé en el asiento y contesté más tranquila: —Jamás soñaría contigo.

Sin más palabras, agarré los libros que había desparramado sobre la mesa, los guardé en mi raída mochila y me marché. Cada paso que di, fue replicado unos metros más atrás.

Suspiré y me giré. Como lo había pensado: O'Connor me venía siguiendo.

—¿Qué quieres?

El chico miró hacia los dos extremos del pasillo, comprobando que nos encontrábamos solos. No pude evitar que el sudor frío comenzara a acumularse en mi espalda, deslizándose a lo largo de la columna vertebral. Tragué saliva nerviosamente y también me giré hacia ambos extremos, buscando un lugar para huir, mientras O'Connor se acercaba a paso rápido.

—Estabas soñando conmigo, ¿cierto?

Intenté soltar una carcajada irónica, pero solo salió un gorgoteo de gallina histérica.

—No sé de lo que hablas —croé.

—Vamos, sabes muy bien de lo que hablamos. —Lo miré alarmada a solo un metro de separación. Lo sabía: me iba a besar. *Me iba a besar, me iba a besar*. El terror pesó en mi estómago y la respiración se me hizo más agitada y superficial—. Leah, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

Solo fui capaz de observarlo con pavor.

Di un paso hacia atrás.

—No te acerques —susurré, recuperando la voz en el momento preciso.

Él insistió. Dio un paso más y fui capaz de verle las largas pestañas que adornaban esos ojos azulados y sentir su aliento rozando mi rostro. Estaba demasiado cerca, como nunca antes.

Mi boca se secó, mis labios se marchitaron y la sensación de mareo me dominó.

Retorcí las manos hasta casi desencajarme los dedos. El terror, uno como no había sentido antes, me inundó.

Estaba a solo unos segundos de enfrentar mi mayor temor, ese miedo que me paralizaba y enfriaba mi cuerpo.

—Leah —musitó débilmente, a un suspiro de mí.

Y luego mis manos estuvieron en su pecho, reaccionando rápida e instintivamente.

Lo empujé y hui corriendo del lugar.

No asistí a ninguna de mis clases durante el resto del día, tampoco fui a rendir la prueba de Biología que me tocaba en el tercer bloque. Por suerte nadie más faltó ese día o si no habría comenzado la cacería en mi búsqueda; de todas formas, antes de la hora de almuerzo, fui a la enfermería para excusarme de clases por un dolor crítico de estómago.

Falté porque no quería volver a encontrarme con O'Connor, no quería ver a nadie. Por el momento, lo único que deseaba era enterrarme en la miseria durante el resto del día y así se lo dejé entrever a Bella, cuando, cada vez que entró al cuarto entre los cambios de bloque para verme, me encontró dormida. Al llegar la noche, tuve que explicarle que me había sentido mal, aunque estaba segura de que no me había creído.

En pocas palabras, mi día transcurrió entre lágrimas ocultas en el baño de la habitación y odio hacia mí misma por ser tan imbécil, por ese miedo estúpido que detestaba con todo el corazón y que solo hacía que aborreciera más a ese hombre que me hacía maldecir mi fobia. Si O'Connor no existiera, podría convivir con mi problema. Sin embargo, existía, y eso era lo que me aquejaba.

Filematofobia: miedo a ser besada.

Sí, estúpido, ridículo y, si no me hubiese ocurrido a mí, jamás hubiese imaginado que existía una fobia así de tonta. Pero la padecía y debía soportarla cada día, cada hora, cada minuto y segundo.

Desde hace años que vivía con ese miedo; desde lo que parecían décadas que no podía besar a alguien sin que ese terror ilógico, enfermizo e irracional acudiese a mí. Hubo un tiempo en que la valentía se instaló dentro de mí y que mi mente se negó a esa fobia tan ridícula. Con quince años, y harta de estar corriendo cada vez que un hombre se me acercaba, besé a un vecino. Bastó con que nuestros labios se tocaran para que el miedo me contrajese el estómago y terminase corriendo despavorida, como si cientos de fantasmas me persiguiesen. Y era así, porque el miedo más grande que tenía corría detrás de mí, como un enorme vampiro (no sexy) queriendo chuparme la sangre.

Lo peor de ese terror ilógico era que, por culpa de mi fobia, la gente tendía a pensar barbaridades por mi comportamiento arisco. Asimismo, no podía portarme de otra manera, no cuando sabía que si le sonreía a un hombre, este podría intentar salir conmigo para terminar la cita con un beso.

Debido a esto, mi carácter era más que conocido en la escuela. Es más, si le pudiese preguntar a las personas cómo me describirían, dirían algo como esto:

«Leah odia a los hombres.»

«Leah es difícil»

«Leah es el premio inalcanzable del internado»

«Leah es lesbiana »

«Leah nunca se enamorará de alguien»

Leah aquello, Leah esto otro.

Todo lo anteriormente mencionado era mentira. Quizás era un poco difícil, pero no odiaba a los hombres, solo que no quería que se acercaran a mí, porque si lo hacían, intentarían besarme y, Dios, eso no podía ocurrir. Sin embargo, nada de eso me dolía tanto como la última opinión ficticia: «Leah nunca se enamorará de alguien».

Era una blasfemia: yo estaba enamorada. Aunque no podía admitirlo porque él intentaría salir conmigo y trataría de besarme y yo no podría y... y... todo se arruinaría. Por esa razón, le hacía creer a todos que lo odiaba, que lo detestaba, que jamás podría salir con él, sabiendo que todo era una vil mentira creada para ocultar ese temor tan ridículo.

Era patética. No, era más que patética. Llegaba a ser despreciable por los niveles de patetismo que alcanzaba.

Me odiaba a mí misma (algunas veces yo podía como que ser eh... un poco demasiado exagerada). Después de cuatro años todavía no me cabía en la cabeza que yo (¡yo!) le tuviera terror a algo tan inofensivo como un beso. Tal vez nunca me hubiese molestado mi fobia si O'Connor no fuera tan apuesto, tan sexy, tan *besable*. No me molestaría temer a un beso si él no existiera en mi mundo, pero existía y eso hacía que odiara mi miedo y, por ende, a mí misma.

El culpable de todo era mi mejor amigo de la infancia. Se llamaba Alex y había desaparecido tan repentinamente de mi vida, que no sabía si extrañarlo u odiarlo por todo. Lo último que había sabido de él era que su tío se los había llevado a su mamá y a él (su padre había muerto cuando era un bebé) a otro país.

Mi fobia había comenzado con una simple confesión suya, luego de haberle insistido durante horas para que me respondiera.

«Nunca he dado un beso», había soltado.

Yo tenía doce en ese tiempo y él, catorce años. La razón del por qué le había hecho una pregunta así a Alex, era porque había visto a un compañero de clase besándose con lengua con una muchacha un año mayor que nosotros. La escena me había dado curiosidad. Hasta esa edad nunca había visto un beso de ese estilo y mucho menos dado por un chico de mi edad, y como yo era pervertida de pequeña...

Le había insistido a Alex para que me besara con lengua y, de esa manera, juntos explorar ese universo desconocido. Tenía que reconocer que Alex se había negado en reiteradas ocasiones, aunque yo, con lo cabezota y testaruda que era (y que seguía siendo), no me había dado por vencida.

Ocupé la técnica que siempre me había dado resultado con Alex: me enojé y no le hablé durante tres horas. Ahora que recordaba aquello, preferiría que Alex nunca me hubiese rogado que lo disculpara.

Y bueno, el beso, por decirlo de una forma sencilla, había sido H-O-R-R-I-B-L-E. Algo casi salido de una película de terror, porque, durante los treinta segundos que había durado el juego de lenguas, no había podido respirar, y es que la lengua invasora de Alex se había metido tanto por mi garganta, que estaba segura de que había tocado hasta mis amígdalas. Finalmente, cuando había logrado posicionar mis manos sobre su pecho para apartarlo, tenía toda la cara con saliva y la extraña sensación de haber sido violada bucalmente.

Debido a esa experiencia traumática mi curiosidad por los besos se esfumó y llegué a un punto que me irritaba el solo hecho de escuchar a mis amigas hablando de lo maravilloso que era besar a los chicos.

«¡Jug, besos», pensaba, «¿Cómo les puede gustar algo tan horrible?».

Pero el tiempo fue transcurriendo y comencé a darme cuenta de que era la única persona —en todo el mundo— que odiaba la idea de ser besada.

«¿Qué está mal en mí?», empecé a preguntarme, «¿Por qué detesto algo que todos aman y que hacen con tanta libertad y naturalidad?».

Y lo inevitable ocurrió: me metí en la cabeza que mis recuerdos eran peores de lo que realmente habían sido los hechos. Como no tenía confianza con nadie más que con Alex y como, supuestamente, durante ese año mi amigo no se había detenido en la búsqueda de llegar a ser un maestro en la materia, le volví a pedir que nos besáramos.

El pobre de Alex cumplió con mis deseos nuevamente y no había que agregar nada más para que quedase en claro que no me había gustado nada de nada.

Desde ese día, de frentón odiaba los besos y todo lo relacionado con ellos. Y como O'Connor estaba directamente relacionado con eso, no me quedaba otra que detestarlo por hacerme recordar mi desgracia.

—Estúpido O'Connor —musité sin poder evitarlo.

—¿Con quién hablas?

Por segunda vez consecutiva en el día, fui sorprendida hablado en estado semiconsciente. Con el corazón en un puño, abrí los ojos con rapidez y me senté en el colchón.

Bella estaba al costado de mi cama con su pijama puesto, mirándome con curiosidad. El cabello castaño le caía por un costado del rostro, resaltando sus lindas pero sencillas facciones.

—Estaba dormitando, Bella —contesté.

El nombre de Bella no se pronunciaba como se escribía, se decía *Bela*, acentuado a lo italiano.

En nuestra escuela había muchos nombres y apellidos extranjeros, producto del fuerte mestizaje. En las clases más altas, abundaban los nombres en inglés o los europeos, mientras que en la clase media, las preferencias eran los nombres latinos o una combinación de nombres ingleses o españoles. Es por eso que en mi familia, por ejemplo, mi mamá se llamaba Margarita (aunque algunos la llamaban Margaret), mi papá Arturo, mi hermano mayor Cristóbal, el de al medio Josh y yo Leah; una horrible combinación de nombres. Con respecto a mi apellido inglés, lo tenía porque, a pesar de ser de clase media, un tátara-tátara (y tal vez más tátara) abuelo había sido un ciudadano inglés. Uno pobre, que se había marchado de Inglaterra para buscar mejores oportunidades que no encontró, pero inglés al final y al cabo.

Bella entonces hizo una mueca con los labios.

—Eso de hablar en tu estado semiconsciente te traerá muchos problemas

—comentó, alejándose de mi cama y sentándose en la suya.

Le había dado en el clavo con el comentario sin siquiera saber lo que me había ocurrido esa mañana, o tal vez sí lo sabía pero yo era demasiado cobarde para preguntarle. Además, existía la posibilidad de que no lo supiera y preguntádoselo, le terminaría contando. Así que decidí no decir nada; algunas veces era mejor guardar esos instantes de vergüenza para uno misma.

—Créeme que lo sé —dije. Me puse de pie y bostecé sonoramente—. ¿Qué hora es?

—pregunté, al ver que las otras dos camas estaban ocupadas; sus dueñas dormían plácidamente—. A propósito, ¿con quién nos tocó compartir habitación?

Bella se mostró ligeramente exasperada.

—Llevas tanto tiempo durmiendo que no te has fijado en nada —suspiró—. Son las doce de la noche y esas cosas —apuntó a las dos chicas—, son lo peor que nos podría pasar: Natalie y Michelle.

Gemí internamente. No podía habernos tocado peores compañeras de cuarto.

Además de ser insoportables, eran... bueno, eran un par de ratas de alcantarilla.

—¿Y no puedes intentar cambiarlas?

Se tiró a la cama con frustración.

—Mientras hibernabas como un oso, fui a hablar con la vieja Corell, pero la muy bruja no aceptó.

No había más alternativa que hacerle frente a ese hecho. Realmente no sabía cómo podría enfrentar psicológicamente dos semanas con esas arpías.

—Por cierto, Leah —siguió, volteando el rostro para observarme desde su posición—: ¿qué te ha sucedido hoy? Y no me vengas con eso de que te sentías mal. No te pregunté antes por respeto.

Bella era capaz de oler una mentira apenas uno comenzaba a hablar; era como un ave rapiña de las mentiras. Como no quería decir una mentira ni la verdad, la evité.

—No quiero hablar de ello ahora, tal vez otro día...

Antes de que terminara de hablar, un cojín se estrelló contra mi rostro.

—Por perra —aclaró Bella.

Se dio vuelta en la cama, me dio la espalda y se tapó.

Con eso dejó zanjada la conversación que no olvidaría.

Mientras veía el cuerpo de Bella relajarse hasta dormirse, yo seguí despierta. Había dormido tanto durante el día que sabía que si esa noche lograba conciliar el sueño, sería ya muy entrada la noche.

No había otra cosa que hacer que contar ovejas, ovejas que, en un momento, se convirtieron en muchos O'Connor saltando una cerca y luego esa cerca se transformó

en besos.

Un beso para Leah, dos besos para Leah, tres besos para... quinientos ochenta y ocho besos para Leah...

Muchos besos para Leah después, me quedé por fin dormida.

3: La carta.

[Historia en papel publicada por Editorial Planeta, puede encontrar el libro en todas las librerías de Chile]

3

La carta

Al día siguiente me desperté con un humor negro. Me había quedado dormida demasiado tarde y el dolor de cabeza, que me destrozaba el cráneo, alcanzaba niveles insospechados; además, el hecho de que mi despertador no hubiese sonado esa mañana, solo hacía que mi estado anímico empeorara. Y mi apariencia desastrosa, con los ojos inyectados en sangre que me convertían en la prima perdida de un maldito vampiro, no ayudaban en nada. Lo peor de todo, después de haber corrido por la habitación en busca del uniforme y no hallar uno de los zapatos, fue bajar los cuatro pisos y encontrarme de frente con la última persona que deseaba ver ese día.

James O'Connor estaba parado frente a mí con una sonrisa tan grande que me irritó por completo. Y recordar todo lo que me había hecho pasar la noche anterior hizo que la molestia se convirtiera en un odio tan profundo, que no pude controlar.

—¡Sal, O'Connor!

Sí, eso había sido infantil, pero me hizo sentir mejor.

—¿Qué hice ahora? ¡Si solo pasé tranquilamente por frente tuyo! —reclamó.

Argh, argh, maldito dolor de cabeza. Chasqueé la lengua.

—Ahí tienes tu respuesta: te cruzaste en mi camino. —Lo fulminé con la mirada para dejar en claro lo dicho; aunque eso estaba demás, ya que mi rostro lo decía todo—.

No me provoques, O'Connor, porque hoy te odio por el solo hecho de existir.

Dio un suspiro largo que sonó triste y me miró fijamente, analizándose.

—¿Por qué me odias tanto? —Cuando intenté abrir la boca, para explicarle otra vez a esa cabeza hueca por qué lo detestaba, levantó una mano para interrumpirme y siguió—. Por favor, Leah, no comiences de nuevo con ese estúpido monólogo. Sé que estás en tu derecho, pero... —Al comprender que no estaba llegando a ningún punto con el discurso, lo apuré con un gesto de manos e interrumpí.

—Mira. Si de nuevo me vas a pedir una cita, ten por adelantado un enorme no.

Soltó un resoplido indignado.

—No todo gira a tu alrededor, Howard —dijo, escupiendo mi apellido con molestia—.

No quería pedirte una cita, solo iba a decirte que la señora Smith tiene una carta para ti. —Apuntó el mesón de la mujer—. Me dijo que lo buscaras en el primer cajón a mano derecha.

Dejándome con la boca entreabierta, se dio media vuelta.

—¡No quiero ni una mierda de carta! —le grité, histérica.

Se enfureció ante mi pataleta digna de una princesa de 6 años.

—Tu carta, tu problema.

Salió del edificio azotando la puerta detrás de él.

Por mucho que me propuse no ir a recoger la carta hasta que la mismísima señora Smith me la entregase en las manos, en el descanso entre el primer y el segundo bloque, me encontraba escondida detrás del mesón, rebuscando mi carta en el cajón que había indicado O'Connor. La curiosidad me había ganado. ¿Quién me habría escrito? ¿Sería un enamorado secreto? ¿Dinero?, ¿habría ganado algún concurso en el que no había participado?

Las ideas flotaban por mi mente hiperventilada, mientras removía los papeles. Un pequeño sobre blanco con una sencilla letra escrita a mano, que decía «Para Leah

Howard», apareció frente a mis ojos. Lo agarré con manos temblorosas y la llevé a mi pecho. Tenía que ser la carta de un admirador.

Corrí hacia la habitación que compartía con Bella y las otras dos ratas. Una vez resguardada en ese sitio, abrí el sobre y saqué la carta escrita en un arrugado pergamino amarillo. Estaba más que claro: era de un admirador. Solo una persona con esos sentimientos hacia mí, podría haber comprado pergamino amarillo para escribir una carta.

La desdoblé y mi corazón cayó hasta mis pies entumecidos.

«Por perra vas a morir».

La carta se deslizó entre mis dedos y, en una danza por el aire, terminó en el suelo siendo inmediatamente aplastada por mi pie. Simplemente era demasiado temprano para estar recibiendo ese tipo de cartas, y tampoco estaba del mejor humor (nunca lo estaba). A pesar de eso, me avergonzaba admitir que la histeria llegó. Solté una carcajada, intentando reírme de la situación y no largarme a llorar como una maldita maniaca. De seguro era una broma de O'Connor. Sí, eso tenía que ser. No había más explicaciones que aquella: O'Connor era el culpable de todo. ¡El muy hijo de pe...! Lo iba a matar, lo iba a descuartizar... ¡Argh!

Respiré agitadamente y decidí marcharme de la habitación. Guardé la carta en el bolsillo del uniforme, para luego azotar la puerta al salir del cuarto. Me dirigí a la siguiente clase echa un basilisco. A unos metros de la sala de clases lo divisé apoyado en la puerta, riendo estúpidamente con dos rubias tinturadas.

—¡O'CONNOR! —rugí.

Las manos me tiritaron, las piernas me temblaron; todo mi cuerpo se estremecía por el miedo de la carta entremezclado con la ira por hacerme sentir despreciada, diminuta, cobarde. Era un remolino de emociones que me invadían, que me asfixiaban, que me dejaban espantada, indefensa, débil... *temerosa*. Tan temerosa que no lo comprendía. Era primera vez que algo así me pasaba.

Pisando fuerte, me acerqué hasta él y estrellé la mano contra su mejilla; poco me faltó para hacerlo otra vez, pero me afirmaron el brazo. Intenté soltarme sin resultados.

—¡Basta, Leah!

Era Derek Blair.

—¡Suéltame!

No lo hizo.

Las rubias de mentirijillas corrieron al interior de la sala con sus compañeros.

—No hasta que digas qué te pasa.

O'Connor se acariciaba la mejilla inflamada con aire desconcertado.

—¿Por qué lo golpeé? —La respiración me salía agitada. Tomé aire pesadamente—

¡¿Por qué lo golpeé?! ¡Pues lo hice porque es un imbécil!

Mis ojos se llenaron de lágrimas: la adrenalina comenzaba a desaparecer, convirtiendo en un desastre a mis emociones.

—Leah... —susurró O'Connor, estirando una mano para acariciarme.

Aleje el brazo con un manotazo.

—¡No me toque y no me llames Leah! ¡Para ti soy Howard!

Las cabezas de todos los alumnos, —de la sala de clases y de las aulas que estaban en el mismo nivel—, comenzaron a asomarse al pasillo para no perderse ningún detalle; parecían suricatas en el desierto. Me podía imaginar el cotilleo por mi comportamiento. Nunca había sido bienvenida en ese internado por mi clase social y ahora, golpeando a uno de los suyos, me estaba ganando aún más el odio de todos. Cerré los ojos y me masajé la sien.

—Pero no entiendo, *Howard* —dijo O'Connor, recalcando mi apellido—. Siempre me has considerado un imbécil, pero jamás me habías golpeado por ello. Y que recuerde no te he hecho ninguna broma desde ya... —Pensó un par de segundos— unas cuantas semanas.

Lo fulminé con la mirada por eso último.

—¡Mientes! —Toda la ira había vuelto a mí—. Me hiciste una maldita broma hoy...

—¿Cómo te atreves a mentirme a la cara?! —Pestañeeé con fuerza para eliminar el picor—. Hasta hoy solo una vez habías sobrepasado la línea y creí que habías aprendido, pero me doy cuenta de que no...

O'Connor y Blair se miraron.

—¿Qué le hiciste a esta mujer? —Me apuntó—. Ahora la dejaste más loca de lo que ya estaba.

O'Connor arrugó la frente, extrañado y pensativo.

—Pero si no hice nada —respondió, y luego sus ojos azules se fijaron en los míos.

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro que solo fue audible para mí— ¿Fue por lo de ayer en el pasillo? Si fue eso lo que te molestó... lo siento. No sabía... en verdad, no pensé...

Parecía una eternidad desde el casi beso.

Lo detuve, enojada porque se estuviese haciendo el desentendido, y le enterré mi dedo índice en el pecho.

—Sabes que no fue eso —repliqué.

—No sé de lo que hablas —insistió.

—¡No te hagas el idiota!

—¡Pues no sé de lo que estás hablando!

—¿Tan estúpido eres que ya has olvidado la carta que escribiste y me mandaste?!

O'Connor abrió la boca a punto de gritar algo. Después la cerró y arrugó el entrecejo. La abrió de nuevo, la cerró otra vez. Estaba mudo, sin palabras porque lo había descubierto.

—¿Carta? —preguntaron Blair y O'Connor a la misma vez. El último de ellos siguió—:

¿Qué carta? No te he enviado ninguna carta. —Me lanzó una mirada indignada—. No soy tan baboso como piensas. Sabes, tengo un poco de orgullo y estoy intentando mantenerlo. Y esta escena —apuntó a su alrededor—, no me está ayudando, mucho menos ahora que fui golpeado por una arpía.

Saqué la carta arrugada del bolsillo y se la estrellé contra el pecho. De inmediato, Blair se puso al lado de O'Connor para leerla, mientras los que estaban al interior de la sala, miraban con curiosidad la espalda de ambos hombres.

Al terminar de leerla, Blair se veía molesto y O'Connor petrificado.

—James, ¿no crees que te has pasado esta vez? —preguntó.

A O'Connor parecieron salirse los ojos de las órbitas.

—¡No he sido yo! —Golpeó la hoja— ¡Ni siquiera es mi maldita letra!

Blair clavó de nuevo la vista en la carta.

—James tiene un punto, Leah. No es su letra —acotó en voz baja para que nadie más lo pudiese oír.

Agarré la carta y la observé con atención. Mi estómago hizo una voltereta mundial antes de caer al vacío. Blair tenía razón: esa no era la letra de O'Connor.

El miedo hizo un nudo en mi garganta. Si no era una broma de esos dos, entonces, era una amenaza real. Aunque podía ser O'Connor mintiendo. Para mí él siempre sería el culpable de todo, siempre.

Durante todo el resto del día mis nervios estuvieron a flor de piel y el hecho de que O'Connor y Blair no dejaban de lanzarme miradas de soslayo, solo hacía que el miedo volviera a florecer en mi cuerpo. Además, las ganas asesinas de golpearlos que me invadían cada vez que oía sus pasos detrás de mí, siguiéndome como una mala imitación de sombras, eran casi descontroladas. Sin embargo, no me atreví a decirles nada. Después de todo, me ayudaban a que el dueño o dueña de la carta no se me acercara. Aunque claro, con la cara de imbéciles que tenían esos dos, de tanta ayuda no serían, conclusión que obtuve esa misma noche.

Después de dejar a Bella en el hall del edificio, subí las escaleras para ir a darme una ducha. Recé durante todo el camino para no encontrarme con las otras dos ratas con las que compartía habitación, debido a que no sabía si una de ellas (o tal vez las dos) era(n) la(s) responsable(s) de la carta. No quería arriesgarme a ser asesinada en mi propio cuarto.

Abrí la puerta de la habitación fijándome en que estuviese vacía. Como lo estaba, entré muy campante y caminé hacia el baño, quitándome el uniforme para después lanzarlo lejos. Estaba desabotonándome la camisa, luego de haber tirado la corbata al suelo, cuando me percaté de que no había llevado mi ropa de cambio. Salí del baño y me acerqué a mi cama. En ese instante, mi cuerpo quedó paralizado. Sobre la ropa de cama había un paquete un poco más grande que una caja de zapatos.

«Para Leah Howard».

La letra era la misma de la carta de la mañana.

Algo me dijo que no debía abrir el paquete, que tenía que lanzarlo por la ventana y olvidarme de ello, pero la curiosidad fue más fuerte. Así que ahí me encontraba yo, a medio vestir, estirando las manos y destapando la caja.

Di un grito y lancé el paquete lejos; al estrellarse contra la pared, el gato degollado que estaba dentro, inerte y cubierto de sangre, cayó al suelo manchándolo de rojo.

—¡No! —grité desesperada, alargando la palabra.

Me iba a morir, ¡me iba a morir, por Dios!

Corrí al baño y me encerré en él, llorando amargamente. Me apoyé contra una pared y me deslicé por ella, hasta que mi trasero semidesnudo tocó el frío suelo de baldosa. Repentinamente, escuché la puerta de la habitación abrirse de golpe. De seguro era Bella que me había oído gritar. Me sequé las lágrimas con la manga de la blusa y croé:

—¡Bella, voy a morir! ¡Por Dios, voy a morir! —sollocé— ¡Un lunático me va a matar y hay tantas cosas que no he hecho y dicho! —Mi cerebro, literalmente, estaba en una histeria que iba más allá de lo razonable— ¡Tengo tantos secretos que no te he confesado! —Fue en ese momento cuando sentí cómo un vómito verbal salía de mi boca, sin poder ser controlado—. ¿Sabías que cuando era pequeña me oriné en un supermercado? ¿Y que me comí los mocos durante toda mi niñez y que no dejé el biberón hasta los siete años? ¿Y que hace un tiempo desapareció mi sostén favorito? Tomé aire, sin poder callar todas esas cosas que escapaban de mis labios.

—¿Recuerdas cuando desapareció tu chaqueta preferida? Yo la boté, porque era horrible y te gustaba demasiado como para haberte sugerido que la tiraras.

—¡Lloriqué!—. ¿Sabías que mi primer beso fue con Alex, mi amigo de la infancia? Y fue horrible hasta el punto de traumatizarme. Y me encantan mis pechos y saber que O'Connor está enamorado de mí.

»Siempre he pensado que O'Connor es jodidamente atractivo y qué decir de su trasero... Dios mío de mi corazón, desde que una vez entré a los camarines de gimnasia masculinos por equivocación y casi vi a O'Connor desnudo, que... no sabes cuánto deseo tocar su trasero.

Oí a Bella tropezándose con la cama y cayendo.

Seguí hablando, incapaz de detener esa verborrea. ¿Qué me sucedía? Debía detenerme, pero... ahí iba otra vez.

—Hace un par de semanas entré en la habitación de O'Connor y me robé una camisa suya. Y tengo que confesarte que he tenido sueños con él... sueños sin ropa y sudorosos, ¿sabes? Y en un pajar, ¿lo puedes creer? Él y yo sobre la paja, apunto de ser descubierto hasta por los caballos, ¿te lo imaginas?

Me arrastré por el baño y saqué papel higiénico. Me soné sonoramente, mientras oía a Bella caminar hacia la puerta.

»La semana pasada O'Connor iba caminando delante mío y no aguanté la tentación: le toqué el trasero. Claro, después fingí que me tropecé (soy muy torpe, todos lo saben) y que me había visto en la necesidad de afirmarme en él para no caer. Lo sé, una excusa de mierda, pero no tenía nada más inteligente que decir.

»Sé que te has acostado con Blair, ¿o crees que en verdad te creo cuando dices que van a estudiar? También he de confesar que me he bañado en la piscina de la escuela desnuda, a pesar de que no sé nadar. Así que, técnicamente, solo me metí en la orilla y chapoteé un poco.

Me apoyé contra la puerta, necesitando firmemente decir todas esas cosas, aunque demasiado humillada como para darle la cara a Bella mientras las decía.

—Siempre he pensado que un día encontraré a mi príncipe desteñado, pero... no sé, O'Connor se entromete mucho, ¿no lo crees? Es tan... argh, exasperante. Y desteñado, sería un perfecto príncipe azul que se cayó al ácido.

El ataque de honestidad estaba a punto de terminar, solo me quedaba decir el secreto que más imperiosamente quería salir. Necesitaba controlarlo, no decirlo, tragármelo y llevármelo a la tumba.

Pero no pude, ahí estaba de nuevo mi boca en acción.

—Y, Bella, el secreto que nadie sabe y que tú serás la primera en conocer, es que...

—Bajé la voz cuando escuché que mi mejor amiga se comenzaba a mover por la habitación— tengo filematofobia. Le tengo terror a... —Enmudecí de golpe al oír demasiado movimiento en la habitación—. ¿Bella? ¿No te estarás yendo?

Me puse de pie, presintiendo que algo malo iba a suceder. Caminé hacia la puerta y la abrí de un tirón.

Grité horrorizada mientras contemplaba petrificada a las dos personas que me miraban pasmadas con los ojos abiertos de par en par.

Desde la puerta de la habitación, James O'Connor y Derek Blair me sonrieron débilmente.

4: Respiración boca a boca.

[Historia en papel publicada por Editorial Planeta, puede encontrar el libro en todas las librerías de Chile]

4

Respiración boca a boca

Largos segundos pasaron en los que solo fuimos capaces de observarnos. Ellos me miraban y yo a ellos. El problema mayor, mucho más que el gato degollado que estaba aún inerte en el suelo (¡gracias a Dios!) o que acababa de revelarles todas mis verdades, era el hecho de que estaba casi desnuda. Mi blusa aún colgaba abierta y se podía entrever mi ropa interior blanca. Eso sin contar que mis piernas necesitaban una depilación urgente.

—Howard necesita con suma urgencia 1000 cc de cera, parece la hermana perdida de Chewbacca. —susurró Blair a O'Connor—. En realidad, me arriesgaría con unos 3000 cc, tanto pelo no puede ser liquidado con facilidad.

Enrojecí de golpe. ¿Cómo...? ¿Cómo se atrevía...? ¡¿Cómo se atrevía?!

Furiosa, me agaché y agarré un zapato. Lo lancé con fuerza a la cabeza de Blair, golpeándolo fuertemente en la frente.

Se lo merecía por imbécil.

Le eché un rápido vistazo al gato y aparté la mirada de inmediato, sintiendo que comenzaba a sudar frío.

No pienses en ello, no pienses en ello. Haz como si el gato no existiera, haz como si el gato no existiera...

Blair se quejó con lágrimas en los ojos. O'Connor, por otra parte, solo había trasladado las manos a la entrepierna, por si el zapato daba un rebote y lo golpeaba ahí.

Y yo ahí, todavía desnuda como si fuera una modelo para andarme luciendo.

—¿Q-Qué...? —tartamudeé, todavía demasiado sorprendida como para hablar correctamente, aunque me recuperé de inmediato— ¡O'CONNOR! ¡BLAIR! —Levanté la voz al ver que Blair, con la frente marcada por una suela, y O'Connor, con las manos aún en sus partes nobles, empezaban a abrir la puerta—. ¡Deténganse

inmediatamente si no quieren que les lance otro zapato!

Se detuvieron y yo aproveché para arrancar un cubrecama de tirón y cubrirme las piernas de Chewbacca. Blair murmuró «Gracias, Dios, por alejarnos del tío Cosa, mientras yo le agradecía a Dios por haberle dado la espalda al gato.

—¿Qué hacen ustedes aquí y dónde está Bella? —pregunté, ignorando el comentario humillante de Blair. Ya me vengaría de él cuando lograra relajarme y olvidar que había recibido un animal muerto en una caja. Por el momento, saber que esos dos conocían algunos de mis secretos, hizo que ignorara momentáneamente al pobre gato y me centrara en lo otro.

Se miraron nerviosamente.

—Verás —empezó Blair—, encontrarás divertidísimo lo que nos pasó.

Alcé una ceja.

—¿En serio? —pregunté.

O'Connor asintió.

—Lo que sucede es que somos muy buenos compañeros —habló por fin O'Connor—, y estábamos vagando por los alrededores cuando te oímos gritar, así que vinimos a ver qué pasaba.

Tragué saliva, preguntándome cuántos secretos habrían escuchado esos dos. Mis esperanzas se desinflaron ante el recordatorio del sonido de la puerta, el que había detonado que yo empezara a hablar. Por ende, los imbéciles habían oído todo.

Sabiendo eso por adelantado, aun así hice la pregunta.

—¿Cuánto escucharon?

—¿Qué cosa? —preguntó Blair, haciéndose el desentendido.

—De lo que estaba diciendo... ¿Cuánto oyeron?

Se observaron.

—¿Estabas hablando? —O'Connor casi tartamudeaba—. Creo que no hemos oído nada. ¿Escuchaste algo, Derek? —Este negó con la cabeza—. No sé lo que dices. Ni por un segundo me creí la patética actuación.

Crucé los brazos y el cubrecama estuvo a punto de resbalarse por mi cadera. Lo alcancé a firmar justo a tiempo y fulminé a Blair cuando lo escuché suspirar de alivio. El muy desgraciado se atrevía a exagerar de esa manera. Yo no era tan velluda.

—Entonces, si no han oído nada, ¿dónde está Bella?

Se miraron. Blair le hizo un gesto con las cejas a O'Connor para que respondiera, pero este negó con un suave movimiento de cabeza. Blair lo terminó golpeando en las costillas con el codo.

—Bella nunca ha estado aquí —soltó O'Connor.

Su confirmación de lo que ya sospechaba hizo que mi estómago se fuera en caída libre. Mi corazón se detuvo por largos segundos y creí que moriría, que terminaría acostada al lado del gato degollado. Sin embargo, me recuperé rápidamente y con ello vino la ira; un enojo que se sentía como lava en las venas.

—¿Cuánto escucharon? —Mi voz salió suave, casi como el susurro de una ninfa, aunque mortal como una arpía—. ¿Qué oyeron?

—¡Nada! —exclamaron de prisa.

Agarré otro zapato del suelo.

O'Connor cubrió su entrepierna y Blair chilló:

—¡En la cara no! ¡En la cara de nuevo no!

—Si no responden, tendrás otra marca de zapato en tu fea carota, Blair.

—Vale. —Miró el arma de tortura—. Baja el zapato y respondo.

Lo tiré al suelo.

—¿Ahora sí? —indagué.

Blair se acomodó la ropa, nerviosamente.

—Para serte sincero, peli-peli, oímos todo. —Ahí estaba otra vez la confirmación de todos mis temores—. Escuché... quiero decir, *escuchamos* completamente todo. Desde que te habías orinado en el supermercado, hasta que pensabas en tu príncipe azul y...

—Desteñido —lo corregí.

—... te imaginabas a James en su lugar.

—¡No dije eso! —exclamé, exaltada y humillada.

Siguió como si nada. Por fin el desgraciado estaba donde quería.

—Tengo que admitirlo, Howard, te lo tenías bien guardado. Después de incontables discusiones, hemos resuelto el misterio: «¿Por qué Leah Howard le tocó el trasero a James O'Connor?» . Con solo pensar que este imbécil —apuntó a su compañero—, creía que en verdad te habías tropezado, ¡tropezado!

Si se pudiera perecer de vergüenza, lo habría hecho en ese momento. Pero era más fácil olvidar que perdonar, así que no me quedaba otra que hacerme la estúpida, como si Blair no hubiese dicho nada.

Tosí, incómoda. Volví a recordar la presencia del animal que había en el cuarto y, de pronto, supe que no podría seguir ignorándolo, que no podría seguir fingiendo que no tenía a un gato muerto a unos metros de mí. Mis ojos estuvieron a punto de lagrimear por la idea de tener que volver a verlo. Me gustaban los gatos, me gustaban.

—Ya que dejaron de reírse —dije, con voz temblorosa—, lo mínimo que podrían hacer es sacar al gato de aquí.

O'Connor hizo un gesto de asco, mientras que Blair se tocaba la barbilla pensativo y se acercaba al animal. Antes de que comprendiera lo que iba a hacer, agarró al gato degollado y me lo acercó.

—¡Este es el baile del gato degollado! —cantó.

Mi estómago se retorció y mis jugos gástricos lastimaron el fondo de mi garganta.

Dios, me iba a desmayar, me iba a desmayar; peor aún, ¡iba a vomitar!

—¡Aleja eso de mí! —chillé descompuesta.

Pero Blair estaba demasiado ocupado moviendo los brazos del animal sin cabeza. Mi visión se puso negra por los costados.

—*El gato volador, el gato volador, el gato volador.* —Agarró los brazos del animal y comenzó a hacerlo planear por la habitación. O'Connor solo fue capaz de mirarlo horrorizado, mientras yo tiritaba, sudaba frío y juntaba toda mi fuerza de voluntad para no desplomarme de golpe—. *Hubo una fiesta en mi barrio, llegó Don gato. Llegó el gato Tom. Llegó el gato Fénix. Llegó Silvestre. También vino...*—Se detuvo—. Se me olvidó lo que seguía.

Lanzó al gato sobre mi cama.

—¡¿QUÉ ESTÁS HACIENDO?! —chillé, perdiendo completamente el control de la situación—. ¡SÁCALO DE MI CAMA! ¡ESTÁ MUERTO! ¡MUERTO!

Afirmé el cubrecama que cubría mi cuerpo, como si mi vida dependiese de ello.

Me iba a desmayar, me iba a desmayar.

Blair bufó.

—Dudo que un peluche pueda morir.

—¿Peluche? —preguntó O'Connor, mirando al gato degollado sobre mi cama—. Se ve bastante real, incluyendo la sangre...

Blair se acercó a O'Connor y lo empujó hasta que estuvo frente al animal.

—¿Ves que es un peluche y que no huele a sangre? Debe ser de fantasía.

O'Connor asintió. A continuación, los dos comenzaron a reír como imbéciles, al mismo tiempo que agarraban de nuevo al gato y empezaban a acercármelo.

—Cuidado, el gato de peluche va a revivir y te va a comer —bromeó O'Connor.

Cubrí mi rostro con las manos, y el cubrecama cayó al suelo. Ahí fue cuando comprendí por qué Blair hacía tanto alboroto mientras O'Connor solo me miraba fijamente: mi ropa interior se traslucía.

—Ahora por lo menos sabemos que es pelirroja natural —comentó Blair.

A continuación, no soportándolo más, me desmayé.

Después del incidente con el gato/peluche degollado, mi faceta de Chewbacca y mi desmayo, me vi obligada a no solo explicar que la caja me la había enviado un psicópata asesino, sino que también tuve que insistir en el hecho de que todo lo que

habían oído no era más que una broma.

—¡Qué O'Connor no es mi príncipe azul! ¡Ni siquiera le alcanza para ser el desteñido! Por más que insistí en ese discurso, O'Connor siguió creyéndose con el derecho de estar preocupado por mi desmayo, mientras Blair se miraba al espejo comprobando qué tan horrible le había quedado la frente.

Lo de mi fobia ni siquiera se me ocurrió mencionarlo. Al parecer, esos dos no habían entendido la palabra «filematofobia» para buscarla después, por algo no me había molestado con mi fobia; aunque... en realidad, uno nunca podría adivinar lo que estarían planeando dos personas como O'Connor y Blair, e intentar hacerlo solo me llevaría a la locura.

La mala racha continuó tras la partida de O'Connor y Blair. Después de oírlos repetir en incontables ocasiones que se asegurarían de buscar al psicópata, y de verlos lanzar el gato a la basura, les cerré la puerta en la cara y salí disparada con dirección al baño, donde me encerré con mi nuevo enemigo: la cera. Pasé incontables horas de dolor, para al final salir victoriosa con unas piernas (y otras cosas más) depiladas. Por primera vez en mi vida, el dolor no había sido tan horrible, ya que estaba demasiado aliviada de que el gato al final hubiera sido de peluche. Cualquier cosa, en comparación con el miedo que había sufrido esa noche, era un juego de niños.

Para demostrarle a esos dos imbéciles que ya no era *miss Velluda*, al otro día fui a clases sin pantimedia, a pesar de que estábamos a comienzos de otoño. Morí de frío durante todo el día, pero valió la pena, ya que cuando Blair, con su frente marcada por la suela de un zapato, y O'Connor pasaron por mi lado y se fijaron en todo el trabajo realizado.

—Vaya, no sabía que podías tener piernas tan bonitas debajo de tanto pelo, Howard —comentó Blair con una sonrisa.

La manzana que había estado comiendo se convirtió en la nueva arma. Le lancé la fruta a la cabeza, la que golpeó con fuerza la parte posterior de su cráneo. Blair terminó cayendo como peso muerto y con el rostro enterrado en el suelo.

—Sí que tienes buena puntería cuando se trata de golpear a alguien —comentó O'Connor, mirando a su amigo derrotado en el piso en su estado más indecente. Se volteó hacia mí con la mano en los bolsillos—. Hemos estado investigando lo de la carta, pero no encontramos nada. Tal vez deberías pensar en decirle a alguien. Negué suavemente con la cabeza.

—¿De qué serviría? —le pregunté—. Solo me dirán que, lo más probable, es que sea de una mujer celosa y que no hay nada de qué alarmarse.

Hizo una mueca con los labios.

—Pero ten un poco de precaución e intenta no andar sola por la escuela. No se te acercará si vas siempre con alguien.

Comenzó a caminar, pero a último minuto se giró para lanzarme esa sonrisa lenta y ladeada que hizo que apretara la caja de jugo que tenía en mi otra mano. El jugo se desparramó por todas partes, y no podía importarme menos.

—Por cierto, yo siempre he pensado que tienes bonitas piernas.

Sin más, se marchó pasando por arriba del cuerpo inerte de su amigo.

Sonreí.

Había valido la pena el dolor.

Sin embargo, O'Connor no era la única razón por la que me había depilado la noche anterior. No, señor. Hoy me tocaba natación y no podía ponerme el traje de baño de la escuela con esa apariencia, de seguro el entrenador se hubiese lanzado a la piscina creyendo que un Setter Irlandés había comenzado a nadar con sus alumnos. Así que ahí me encontraba yo, en los camarines del gimnasio colocándome el traje de baño, orgullosa de mis hermosas y suaves piernas. Incluso tarareé al ponerme el gorro que me hacía parecer una mezcla entre hada atropellada y elfo con distemper. Eso sin mencionar el traje de baño azul marino que me estrangulaba los senos y los hacía verse más grande de lo que realmente eran. Me sentía como una ballena. En cualquier momento alguien gritaría Salven a Willy, después me atraparían y me

lanzarían a la piscina.

Con esa misma sonrisa idiota que andaba trayendo desde el halago de O'Connor e ignorando monumentalmente el hecho de que alguien me quería muerta, salí de los camarines con la toalla envuelta a mi alrededor. Entré al enorme gimnasio que contaba con una piscina temperada y una cancha de basquetbol y vóleibol; la cancha de tenis estaba al aire libre, cerca del estadio de fútbol.

Casi toda la clase estaba en la orilla de la piscina conversando animadamente a la espera de que comenzara la clase. Supe de inmediato dónde estaban O'Connor y Blair, pues el montón de mujeres que los rodeaban era imposible de ignorar. Di un suspiro, preguntándome cuándo Dios había comenzado a odiarme tanto. Tenía cada una de mis malditas clases con esos dos imbéciles, exceptuando un laboratorio. Aunque era de esperar que compartiéramos clase, por algo éramos compañeros de curso...

Me senté en la orilla de la piscina, lo más lejos del grupo que chillaba ante algo que estaba diciendo O'Connor. Lo odié en ese momento, pero mi malestar no escaló a más, debido a que Bella se había sentado a mi lado con su brillante sonrisa perfecta y su cabello castaño escondido bajo la gorra.

—La escuela no nos debería obligar a ocupar estos gorros —comentó y luego dirigió una mirada molesta a las mujeres que gritaban—. Son tan ridículas, mínimo un poco de amor propio, ¿es que no se dan cuenta de que James está enamorado de ti? Solté una especie de sonido estrangulado.

—No lo está —repliqué.

Su expresión demostraba claramente un «¿Es una broma?».

—Si lo hubieses visto subir cuando escuchó tu grito claramente pensarías lo contrario.

Gruñí.

—Lo que yo me pregunto es por qué no fuiste tú, siendo que estabas con ellos.

Bella ya estaba enterada de lo que había sucedido el día anterior por la noche, así como la mitad de la escuela. Agradecía que todos conocieran solo una parte de la historia, la que O'Connor y Blair habían subido a mi habitación y me habían pillado semidesnuda. Por suerte, nadie conocía el resto. Nadie sabía mis secretos, ni lo del gato, ni lo del psicópata. Y lo prefería así, total, aún eran amenazas vacías que podía tolerar; de seguro no era más que una mujer celosa o despechada. Sin embargo, sabía que estaba la posibilidad de que con mi silencio solo estuviese incentivando el acoso; por eso, si volvía a recibir una sola carta, hablaría con la directora y le contaría todo.

Oí a Bella toser.

—Estaba un poco ocupada —explicó incómoda. Le había mentido a Bella y le había contado que me había puesto a gritar porque había visto una araña sobre mi cama—. Además, presentí que James no necesitaba de mi ayuda para salvarte de lo que fuera.

Antes de que lograra seguir interrogándola, el profesor de natación entró al gimnasio e interrumpió nuestra conversación. Era un profesor nuevo, su predecesor se había marchado para entrenar un equipo de natación profesional.

—¡Hola, alumnos! —gritó, pero estos siguieron hablando. Sacó un pito del bolsillo y lo hizo sonar. Mis oídos se estremecieron por largos segundos—. Como ya todos saben, esta es la primera clase de natación, a pesar de que las clases comenzaron hace casi dos meses. La piscina había estado en reparación, debido a el sismo de hace unos meses. —Se detuvo unos segundos para tomar aliento—. Los iré llamando de ocho en ocho para hacerlos nadar y ver en qué nivel se encuentra cada uno.

Hizo sonar el silbato nuevamente y gritó ocho apellidos al azar. Recién en ese momento me percaté de lo que estaba a punto de suceder. El profesor nos iba a hacer nadar y... ¡Y yo no sabía nadar! Es decir, podía zafar un par de metros estilo perrito, pero no ida y vuelta en esa inmensa piscina. Iba a morir ahogada, ese sería

mi último día... aunque siempre estaba la posibilidad de ir donde el profesor y explicarle que no sabía nadar, al igual como lo había hecho con el antiguo profesor (el que me eximió de la clase, puesto que yo no había valido su esfuerzo).

Decidida, me puse de pie mientras veía a Bella y otros siete alumnos lanzarse a la piscina al toque del silbato.

Alguien tocó mi hombro y al girarme me encontré... claro, con O'Connor y Blair.

—Ahora no, por favor, tengo que ir a hablar con el profesor —les pedí cortesmente. Me solté del agarré de O'Connor para encaminarme hacia mi salvación.

—¡Claro! Ahora que lo recuerdo, ayer nos confesaste que no sabías nadar —me provocó Blair. Siguió con tono desinteresado—. ¿O me equivoco?

Me apresuré en voltearme otra vez.

—¿Qué dijiste? —jadeé.

—Ayer nos confesaste que no sabías nadar, así que diría yo que ahora vas a hablar con el profesor para que no te obligue a lanzarte a la piscina.

Un ligero temblor me recorrió.

—Todo lo de ayer era una broma, puras mentiras —repliqué débilmente.

—¿Mentiras como la de la enorme araña sobre tu cama? —interrogó O'Connor—.

¿Así que sabes nadar?

Las palabras se trabaron en la punta de mi lengua, impidiéndome pronunciar una barbaridad. Si les decía que no sabía nadar, sabrían que todo lo confesado era verdad. Y si mentía, moriría ahogada y dejaría de sufrir penurias molestosas. Al fin y al cabo, le facilitaría el trabajo a mi cuasi-asesino y yo me ahorraría unos cuantos sustos más.

Era más que obvio lo que debía hacer; mentir al profesor y decirle que me había llegado la menstruación no serviría: solo me haría ir a la enfermería a buscar un tampón.

—Pues sí, sí sé nadar.

—Estaremos impaciente por verlo —me retó Blair y sin más, se marchó.

O'Connor se quedó un par de segundos a mi lado.

—¿Estás segura de que sabes nadar? —preguntó, preocupado.

Argh, ¿a quién quería engañar ese sujeto con toda esa falsa preocupación? A mí no, *por su pollo*.

—Sí —mentí. Mi gallina interna a cacareó por la histeria y se arrancó las plumas a picotazos.

—No lo parece. —Apuntó mis manos con un movimiento de cabeza—. Cuidado, te destrozarás los dedos si sigues retorciéndolos de esa manera.

Se marchó y se me olvidó el miedo. Frente a mis ojos tenía, para todo mi deleite, el culo de O'Connor. Una maravilla de la genética. ¡Era como un tranquilizante en momentos de desesperación!

Me quedé embobada hasta que unos brazos mojados me envolvieron.

—Volví —dijo Bella sin aliento— ¿Hablaste con el profesor?

Negué con la cabeza.

El profesor hizo sonar el pito y llamó a los siguientes ocho, entre quienes estaba incluida.

—¡Howard! —gritó de nuevo cuando no me acerqué.

Agarré ambas manos de Bella y le susurré:

—Quiero flores rojas para mi funeral.

Me encaminé hacia el carril que quedaba. Sentí mis oídos pitar extrañamente y mi corazón latir con fuerza, luego mi cuerpo se introdujo en el agua.

—Parece que se murió. —Alguien comentó desde el otro extremo de un largo túnel. Me recordó a Blair.

Sentía mi cuerpo inerte, flojo. Mi cabeza rebotaba con cada paso que daba la persona que me cargaba entre sus fuertes brazos. En mi estado semiconsciente, me pregunté si mis tetas no estarían escapándose del bañador que me hacía ver como la

ballena *Willy*.

¿Había muerto? ¿Mi psicópata personal se había convertido en mi asesino?

—¡Abran paso, estúpidos!

¿Era Bella?

De pronto, el suelo frío estaba contra mi espalda. Alguien me agarró el rostro y abrió mi boca con las manos.

—¡Córrase, alumno! —Retó alguien a la persona que me había cargado y que tenía abierta mi boca como esas muñecas inflables que ocupaban los hombres para satisfacer sus necesidades... eh, perversas—. Yo debo darle respiración boca a boca. ¿Respiración boca a boca? Lentamente mi cerebro nublado comenzó a procesar esa información. ¿A quién le iban a dar respiración boca a boca?

—No, yo lo haré —Parecía ser la voz de O'Connor.

—¡Leah se está muriendo, que alguien haga algo!

¿Yo me moría?, ¿realmente me había muerto? ¿Cómo era posible si seguía pensando? ¡Un momento! Eso quería decir que... ¡A mí me iban a dar respiración boca a boca!

Abrí los ojos de golpe, en el preciso momento en que esas manos desconocidas forzaban mi boca. La cabeza de O'Connor se acercó a mi yo desmayado, con sus labios cada vez más cerca.

Moví mis manos con desesperación y las posé sobre el pecho cálido de O'Connor. Lo empujé con toda la fuerza que tenía y me senté.

—¡ESTOY VIVA! ¡ESTOY VIVA! —chillé, observando a mi alrededor—. No necesito respiración, no necesito que me revivan: no morí.

Tomé aire agitadamente; O'Connor seguía estando demasiado cerca. A continuación, sus brazos me rodeaban, estrangulándome contra su cuerpo placenteramente caliente y húmedo. Mm.

—¡Suéltame, O'Connor! —exclamé, aunque internamente gemía de deleite.

«Oh, sí. Sigue así, O'Connor, hazme tuya: viólame», pensé.

El chico me soltó y de inmediato Bella tomó su lugar.

—Así que, Howard, no sabes nadar —comentó Blair con una sonrisa divertida—. Al parecer todo era verdad.

Gemí.

¿Por qué había sobrevivido?

De haber muerto, todo sería más sencillo... pues claro, genio, estaría muerta (si seré imbécil)... obviando lo obvio, sería más fácil porque, partiendo, no tendría que afrontar a unos O'Connor y Blair conocedores de mis más oscuros deseos y pensamientos, ni habría tenido que soportar la larga charla del profesor de natación, en la que me reprendió mi estupidez por haberme lanzado a la piscina siendo que no sabía ni siquiera flotar, y terminando con la razón más perturbadora: no tendría que torturarme mentalmente por no poder sacar de mi cabeza la imagen mental de James O'Connor en bañador. Tal vez nunca podría olvidar ese micro traje de baño que no dejaba nada para la imaginación, y cuando decía nada, era nada...

Pensándolo bien, eso era bueno, porque así evitaba que pensase en cosas más horribles y entrase en un colapso nervioso e histérico.

Mi vida, después de todo, no era una mierda completamente.

5: ¿Quieres salir?

5

¿Quieres salir conmigo?

El internado era un lugar, en general, aburrido. El primer año que estuve ahí me parecía genial, porque estaba conociendo un mundo nuevo para mí. Sin haberlo previsto, había entrado a un universo completamente diferente, donde todos eran millonarios que vivían en enormes mansiones y tenían casas que solo utilizaban un par de semanas al año. Pensaba que eso era el paraíso hasta que comprendí que

por mi situación económica, la mayoría –por no decir prácticamente todos–, me ignoraba. Era como si, simplemente, no existiera para ellos.

Al principio fue triste, muy triste. Un par de noches me había descubierto llorando por aquello. Era horriblemente deprimente que todos te ignorasen por no tener tanto dinero como ellos, por no ir a sus fiestas, por no tener padres con apellidos de renombre. Y, principalmente, por ser "la becada".

Con el tiempo también descubrí que en Highlands, a pesar de ser una escuela para alumnos problemáticos, no había muchos problemas, solo lo normal: alumnos que se saltaban clases, fumaban en los terrenos aledaños y otros, más atrevidos, bebían alcohol detrás de algún edificio. Finalmente comprendí que más que una escuela para alumnos problemas, Highlands era un internado para personas cuyos padres no deseaban verlos durante la semana. Eso hizo que me compadeciera de ellos y ya no los detestara tanto por ignorarme como si no fuera más que un bicho molesto.

Leah, la mosca.

Como no tenía con quién hablar, decidí matar mi tiempo en alguna actividad.

Highlands tenía varias clases después del horario obligatorio, cientos de deportivos y clases avanzadas. Con los deportes fui un fracaso. Hice la prueba con danza, pero era tan tiesa como un palo. Cocina... uff, casi hice explotar la sala entera al querer prender el fogón. En fútbol femenino golpeé la pelota y le di a la entrenadora en la cabeza. En basquetbol terminé torciéndome un dedo. Natación no, porque no sabía nadar. En tenis era incapaz de pegarle a la pelota. Y así sucesivamente. En conclusión, un sinfín de desastres.

Como no tenía más qué hacer, terminé en clases avanzadas. Matemáticas avanzadas, Física avanzada, todo avanzado. Pero me aburrí de ellas rápidamente. No era divertido. ¿A quién le gusta pasar su tiempo libre estudiando cosas difíciles? A nadie, y yo no era la excepción. Sí, era ligeramente (más rozando la superficie con las pezuñas, que ligeramente) inteligente, mas no un cerebritito que estudiaba todo el día.

Al final, terminé tomando la decisión de estudiar por mi cuenta y leer. Me gustaba leer romance cursi, esas historias malas, que estaban relatadas en otra época. Mis preferidas eran las de vikingos secuestrando a pelirrojas con temperamento de mierda. Si soy sincera, me hacían creer que era yo la del libro, solo que con otro nombre y en otra fecha y con un sujeto que no era James O'Connor, pero que yo fantaseaba que así... no importa.

Era, en un cierto punto, extremadamente patética.

Como ya no tenía clases a las que asistir después del horario obligatorio, y a pesar de que me gustaba mucho leer, no podía pasar todo mi tiempo libre en eso, empecé a aburrirme horriblemente en el internado. Les supliqué a mis padres que me dejaran volver a mi antigua escuela, pero había terminado siendo escuchada por oídos sordos. Primeramente, porque no les había confesado hasta qué punto los alumnos del internado no me hablaban, y segundo, porque Highlands era lo mejor que me podía haber pasado. En la escuela pública a la que había asistido anteriormente, era tan mala la educación que mi posibilidad de entrar a la universidad era casi inexistente. Era una escuela tan mala que en mi barrio era conocida como "El gallinero", puesto que las rejas estaban forradas con esa malla para los corrales. De ahí había salido mi gallina interna.

Tras meditarlo mucho tiempo, tuve que aceptar a regañadientes que el internado era lo mejor que me podía haber sucedido. Solo por esa razón, me encontré alzando la barbilla e intentando convencerme de que no me importaba que nadie me hablase. Me habría mantenido en ese estado hasta el día de hoy, sino hubiese sido por el interés repentino que parecía tener James O'Connor en mí.

La primera vez que había visto a ese chico, fue el primer día de clases hace más de tres años. Yo estaba luchando con mi madre para no entrar al internado, aferrándome firmemente a la reja mientras ella tiraba de mí. Eso duró hasta que percibí algo de reojo. Ahí estaba James en la peor posición que podría haberlo pillado: medio

inclinado intentando ver mi ropa interior en vista de que mi uniforme se alzaba por el forcejeo.

Muerta de ira me solté de mi madre (la que al verme entrar a la escuela se marchó corriendo, dejándome desamparada en el mundo), y me acerqué hasta el chico. En un acto de furia incontrolable, me saqué el zapato y se lo lancé en la cabeza. Este conectó con su frente y el hombre cayó al piso. Mi puntería era perfecta. Tal vez debí haber intentado con el deportivo de tiro al arco..., perooooo me había dado un poquito de miedo sacarle un ojo a una persona por mi estupidez inevitable; además, yo podría ser un poco peligrosa con un arco, ¿y si O'Connor me cabreaba tanto que en un arrebato de ira le lanzaba una flecha? Con mi puntería, le atinaría y lo mataría. No quería pasar toda mi vida en la cárcel por salvar a la humanidad de una presencia odiosa, muchas gracias.

—¡Pervertido! —grité, acercándome los últimos metros cojeando.

No me detuve hasta tenerlo a un metro de distancia. Me observaba el escote con la boca entreabierta.

Estaba tan enojada por tener que ir a una escuela que no quería, que al saber que ese ricachón creía que tenía el derecho de acosarme por ser más pobre que él, me había hecho explotar. ¡Los zapatos que andaba trayendo él debían valer todo lo que tenía en mi bolso, por el amor de Dios!

Sin percatarme de lo que realmente estaba haciendo en ese momento, alcé la mano y lo golpeé con fuerza en la cabeza.

—¡Levanta la mirada, neandertal!

Reaccionó para mirarme directamente a la cara. Dios mío santísimo de mi corazón, tenía los ojos más hermosos que había tenido el placer de ver en mi vida. Eran de un azul que parecía resplandecer en su rostro, bajo unas cejas negras que solo resaltaban la armónica distribución de sus facciones. Esas mismas cejas, ahora formaban un rictus molesto.

—¿Cómo te atreves?! —exclamó.

Apareció otro chico guapo en escena y se puso a su lado, como si fuera su guardaespaldas.

—Linda puntería y gancho, pelirroja.

Una enorme y encantadora sonrisa se apoderó de su rostro, lo que solo hizo que me irritación creciera. Los odiaba solo por el simple hecho de asistir a ese internado que detestaba con toda mi alma.

—¡Tú no te metas! —Le enterré el dedo en el pecho al chico sonrisitas—. La cosa es entre tu amigo y yo. —Me giré hacia el otro joven—. ¡Si vuelas a intentar mirar mi ropa interior de cualquier forma, te mataré!

Técnicamente, no lo haría, pero eso era algo que él no sabía.

Meciendo mi cabellera hacia un costado, me giré y fui a buscar el bolso viejo que había dejado abandonado mi madre en la entrada de la escuela; la maleta que me habían regalado, había decidido no utilizarla esa vez en protesta contra mi madre (una estupidez, si me lo preguntan).

—¿Cómo te llamas? —escuché que preguntaba el muchacho enojado.

—Qué te importa —contesté.

Gracias a esa respuesta, había tenía que soportar todo un largo año que ese chico, cuando quería molestarme, me llamara *Qué-te-importa* y no Leah.

De inmediato, el joven de ojos azules se acercó hacia mí con el pecho hinchado como si fuera un gallo a punto de aparearse salvajemente. Sin pedirme permiso y dándose una atribución que jamás le permití, volvió a agarrar el bolso del suelo.

—Deja este trabajo para un hombre.

La ira renació en mí como un huracán. Qué podía decir, desde mis años mozos era una mujer muy malhumorada.

—¿Disculpa?

—Que dejes esto para un hombre.

Le di un fuerte empujón y, mientras se tambaleaba hacia atrás, dejó caer el bolso al suelo, acción que no desaprovechó el chico sonrisitas para agarrarlo.

—Déjame a mí, querida. Yo puedo ayudarte.

Me exasperé.

—Parecen dos pavos reales..., pero dos pavos reales salidos de un basural. Dejen el bolso en el piso y aléjense de mí. —Fulminé con mis ojos al perverso—. Sobre todo tú.

Con el rostro confundido, como si jamás lo hubiesen rechazado, dejó el bolso en el suelo.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso no sabes quiénes somos?!—preguntó el muchacho de ojos cafés, tan confundido que daba gracia.

Busqué mi zapato, lo tomé y me crucé el bolso.

—Nunca me han interesado los gorilas.

Sin ponerme el zapato, me alejé de ellos con altivez.

Creí que ese primer encuentro era la causa de que nadie me hablara en la escuela.

Pensaba, estúpidamente, que esos chicos habían lanzado rumores sobre mí para que nadie se me acercara... y no había sido así. La verdad era que nadie me hablaba porque yo no valía el esfuerzo. No tenía contactos, no tenía una familia que los podría ayudar socialmente; no tenía nada, por ende, no valía la pena gastar energía en entablar una amistad conmigo. Y no importaba lo mucho que me esforzase en ser amistosa con ellos, a nadie le interesaba y, al final, terminé pasando demasiado tiempo sola en la biblioteca, en el único lugar que no parecía una inadaptada por no tener amigos.

No digamos que yo era precisamente un alma amistosa, pero... hasta un alma podrida como la mía necesita hablar de vez en cuando. Ya comenzaba a ser irritante que mis temas de conversación fueran: «Hola. ¿Qué hay de almuerzo hoy? ¿Oh, sí? ¿Y está rico? ¡Genial! Adiós» o «¿Quién sabe...? Sí, Leah, responde» y yo me largaba a responder, hablando tan rápido que ni me alcanzaba tiempo para respirar. En serio, era patético, me estaba ahogado ya con las palabras atascadas en mi garganta.

Pero, en fin, pasó un mes.

Un mes.

Un mes y nadie se me acercó ni siquiera para copiarme la tarea. ¡Ni siquiera los imbéciles del primer día! ¡Nadie! Nadie hasta que el chico de los ojos azules entró, por lo que parecía equivocación, a la biblioteca. Se quedó en la entrada con aire confundido, luego se giró y dio un paso. Repentinamente se detuvo como si hubiese chocado contra una pared invisible. Se volvió a girar y clavó sus ojos directo en mi mesa, con una clara lucha interior titulada «Ella me ha visto y yo la he visto, ¿qué hago ahora?»; al final terminó vencedora la parte que yo no quería que ganara, porque se me acercó.

Se veía tan fuera de lugar que me resultó inevitable sonreír. Dios, ¡alguien por fin me iba a hablar! Esperaba no ahogarme entre oraciones, debía recordar respirar antes de seguir hablando.

—¿Qué haces? —preguntó intentando entablar una conversación.

Me desinflé como un globo. Miré el libro que sostenía en las manos y luego a él. Llevaba un mes esperando que alguien me hablase, ¿y me preguntaban por algo absolutamente obvio? El chico era un estúpido.

—¿Leer? —El sarcasmo salió sin más.

Sus mejillas se pusieron rojas. Genial, ahora sí que no volvía a hablarme. Debía frenar mi agresividad. Le lancé una sonrisa para hacerle ver que, a pesar de mi respuesta, no lo detestaba.

—Podríamos salir. —soltó. Abrí los ojos de par en par—. Tú y yo. Una cita. —Lo seguí observando anonadada—. ¿Sabes qué es eso?

Su tono de voz me irritó. Muy bien, podría seguir otro mes sin hablar con tal de que ese descerebrado no se me acercara. Fingí que reanudaba mi lectura.

—No —contesté. Una vez, hace muchos años, mi madre me había aconsejado que siempre debía rechazar a un chico la primera vez: solo así sabría si realmente le

interesaba.

El chico se quedó en silencio.

—¿No? —preguntó por fin con tonto incrédulo—. ¿Estás rechazando mi invitación? Ahí reiteraba su obvia falta de cerebro.

—Pues sí, la he rechazado —respondí sin alejar la mirada del libro.

—¿Me estás rechazando a mí?, ¿a James O'Connor?

Alcé las cejas. ¿Él era James O'Connor? ¿Él era el famoso James O'Connor del que todas mis compañeras de habitación no dejaban de hablar? ¿Él era el guapo, millonario, gracioso, simpático e increíble besador? Besos, eso era lo que menos me importaba e impresionaba de él. Por mí, moriría sin volver a besar a alguien.

—¿Debería importarme? —dije, quitándole importancia a lo que estaba pasando.

Se veía tan indignado como una caricatura exagerada. Mirándolo, comprendí que había hecho lo correcto. Ese ricachón jamás había recibido un no por respuesta. Me enorgullecía ser la primera; por lo menos sería recordada por algo.

—Pues claro que debería importarte —contestó entre dientes—. No puedo creer que tú... ¡especialmente tú!... se haya atrevido a hacerlo.

Qué poderosa que era, muajaja.

—Por si no te has fijado, estoy realmente ocupada y no tengo tiempo para estar escuchando la rabieta de un niño consentido.

Modo «perra» activado.

Sus ojos azules brillaron por el enojo, que dejó expresado con un golpe a la mesa. Se puso de pie de pura indignación.

—No creas que me he rendido.

Alcé una ceja.

—No me interesas.

Estaba provocando a un toro y nunca me había divertido tanto.

—Ya veremos si te intereso o no.

Se marchó de la biblioteca como un huracán.

Como muy bien había anunciado James O'Connor esa tarde en la biblioteca, no se rindió. Me pidió salir con él tantas veces, que luego pasó a ser molesto y, finalmente, costumbre.

Al principio, todos parecían más que sorprendidos de que James, uno de los chicos más guapos y uno de los suyos, estuviera tan interesado en mí. Nadie lo creía, absolutamente nadie. Y gracias a eso, inevitablemente, por cosas buenas o malas, los arrogantes estudiantes de Highlands empezaron a hablarme: las mujeres por envidia y los hombres por interés. Parecía que entre más rechazaba a O'Connor, más despertaba la curiosidad entre mis compañeros. Con el tiempo ya no era solo James el que me pedía una cita, sino también el resto. Rechacé a cada uno de ellos; salir con ellos era algo que no podía permitirme. Nadie podía saber que yo tenía filematofobia, una fobia que me hacía temer hasta el acercamiento masculino.

Luego, sin comprender cómo había ocurrido, una chica llamada Bella Armstrong y yo nos habíamos hecho amigas. Era la única amiga que tenía. Gracias a ella no morí atragantada por palabras no pronunciadas. Gracias a Bella el internado fue más que soportable.

Bella fue la mejor amiga que alguien podía tener.

6: Partido de fútbol.

[Historia en papel publicada por Editorial Planeta, puede encontrar el libro en todas las librerías de Chile]

6

Partido de fútbol

Grandes gotas caían e inundaban todo la cancha. Diecinueve jugadores corrían por el césped mojado detrás de una pelota descontrolada por la lluvia. El partido de fútbol

cada vez era más intenso, más agresivo y los tres jugadores ya expulsados daban cuenta de ello. Las gradas estaban prácticamente vacías, casi la mayoría de los alumnos del internado se habían negado a asistir al partido por la primera lluvia del año. Solo unos pocos chicos, cubiertos por paraguas, alentaban a nuestro equipo que era local. Y yo, muy campante, sin nada cubriéndome, era la única chica que observaba cómo el otro equipo nos daba goleada.

Sinceramente, no sabía qué hacía en ese lugar. O sea, no había nadie, no eran más que un par de pelagatos aficionados al fútbol, yo estaba congelada y ya sentía el resfriado acercarse. Pero ahí me encontraba, contemplando con ojos NO anhelantes al delantero con la camiseta número siete, a pesar de que debería estar estudiando para una prueba que rendía mañana.

Di un largo suspiro... algunas veces me sorprendía mi estupidez.

Crucé los brazos en un intento desesperado por juntar calor. Mínimo podría haber ido a buscar un paraguas, pero ya no lo había hecho y no lo haría ahora cuando faltaban diez minutos para el término del partido.

Sacudí la cabeza. Mi cabello mojado chocó contra los costados de mi rostro y cayó de nuevo, chorreando; lo aparté con una de mis heladas manos.

Iba a morir en ese lugar, lo haría, y todo por lujuriosa. Debía admitir que la verdadera razón por la que me estaba muriendo de frío en ese sitio, eran los pantalones de O'Connor. No sabía qué tenían de especial los shorts del uniforme de fútbol, pero hacían que el trasero de O'Connor resaltara en todo su esplendor. Y ese era un espectáculo que jamás me había perdido; un poco de agua no le hacía mal a nadie..., exceptuándome, porque me estaba muriendo como el día anterior cuando casi había perecido por *ahogamiento*, hasta que mi ángel (de la muerte) me había rescatado. Lo irónico de todo, era que la persona que me había salvado había sido O'Connor, por supuesto. Bella me lo había contado tras llevarme a la enfermería para hacerme un chequeo completo. Según ella, realmente había estado a unos segundos de "estirar la pata" y pasar al patio de los callados, ya que el profesor se encontraba demasiado ocupado con los demás alumnos como para fijarse en que una alumna retardada aún no sabía nadar y se había quedado en la línea de partida.

Así que le debía la vida al maldito estúpido de O'Connor y le pagaba la deuda observándolo jugar a la pelota (técnicamente siempre venía), a pesar de que él no tenía idea de que yo estaba ahí, y no lo sabría nunca. Eso era algo que no le había contado a nadie, ni siquiera a Bella, la que pensaba que estaba encerrada en la biblioteca estudiando.

Suspiré, deseando que pronto terminara el partido para ir a darme una deliciosa y larga, larga, larga ducha.

El sonido de los pocos hombres en la galería gritando, me hicieron salir nuevamente de una ensoñación. No hacía más que vivir en nubes plagadas de O'Connor en bañador que me hacían un sensual baile de caderas.

Me centré en el partido. Los jugadores se desparramaron frente al arco: se iba a lanzar un tiro de esquina. O'Connor estaba siendo empujado por un chico del equipo contrario, y él devolvía la agresión; luego saltó junto con el agresivo para golpear la pelota con la cabeza.

Me puse de pie de un brinco y un grito mudo quedó atascado en mi garganta.

El jugador del otro equipo estrelló la parte posterior de la cabeza de O'Connor con la parte frontal de la suya. Podía jurar que el sonido de choque de cráneos había retumbado en el espacio, a pesar del boche de la lluvia estrellándose contra el suelo y los gritos de indignación de todos (pero eso podría ser una exageración de mi cabeza histérica). James cayó al suelo como un muñeco al que se le cortaron los hilos, azotando su cabeza una vez más contra el césped.

Mi aliento se atascó en el pecho, mientras esperaba que James se moviera y se pusiera de pie, con esa sonrisa torcida que me hacía querer ahorcarlo hasta besarlo (la coherencia muchas veces no existía en la vida). Sus compañeros de equipo corrieron hacia él. Blair, que como arquero había estado esperando en el otro

extremo de la cancha, comenzó una loca carrera para llegar hasta donde James que seguía sin moverse. El entrenador entró en la cancha y también fue hacia él. El árbitro se arrodilló a su lado.

Por mi parte, no fui capaz de soportarlo más: bajé las gradas, salté la pequeña valla de contención, atravesé la pista de atletismo y corrí por el césped mojado. Cuando estaba llegando hasta él, tuve que apartar a todos los chicos húmedos que se me atravesaban y me lanzaban miradas incrédulas. Fui interrumpida en seco cuando alguien me agarró de la cintura. Me alzaron en los aires mientras yo me retorcí como un basilisco. ¡Era la heredera de Slytherin! ¡Y no podía ser controlada!

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Blair muy cerca de mi oído.

Pataleé en el aire intentando zafarme del agarre. Era. Una. Diosa. Del. Olimpo. Y. No. Podía. Ser. Atrapada.

—¡Sueltamente, Blair! —exclamé.

Mi pie conectó con su canilla y Derek me soltó de golpe. Sin perder un segundo, me arrodillé al lado de James. El árbitro y el entrenador me lanzaron una mirada extrañada, aunque no comentaron mi comportamiento desesperado. Lo más probable era que ahora todos pensarán que había quedado al descubierto una posible relación secreta. Ellos no sabían que lo único que se había expuesto esa tarde eran mis sentimientos ocultos por el ser que proclamaba odiar.

De improviso, los ojos de James aletearon y se abrieron, mirando a todos con aire confundido. Incliné la cabeza y mi cabello mojado se deslizó por un costado. El iris azul de sus ojos brilló por unos instantes al clavarse en mí, complacido y encantado de verme ahí. En ese momento me percaté del escándalo que había hecho por un accidente que era pan de cada día en un partido de fútbol.

Me retorcí las manos, repentinamente nerviosa.

—¿Estás bien? —pregunté.

Jam... O'Connor no apartaba la mirada de mí, como si tuviera miedo del solo hecho de pestañear; como si creyera que, si hacía algún movimiento, me esfumaría como en un sueño.

—Ahora me encuentro mejor —contestó suavemente y sin apartar sus ojos azules de mí.

Mi estómago dio un vuelco completo, quedando suspendido en el vacío.

La atención de O'Connor fue obligada a cambiar de dirección para centrarse en el entrenador y el árbitro que hacían preguntas que para mí eran ininteligibles; mis oídos zumbaban y mi cabeza gorgoteaba con pensamientos de todo tipo.

Sabiendo que ya no tenía nada más que hacer ahí, me puse de pie y me alejé de O'Connor que seguía recostado bajo la lluvia.

—Realmente tienes que quererlo para hacer ese escándalo por él —susurraron a mi lado.

Lo sabía, sabía perfectamente que lo murmurado por Blair era cierto. Por eso lo ignoré y seguí caminando; no tenía cómo refutárselo.

James O'Connor me encantaba, lo quería... no, lo que sentía por él no podía ser explicado de manera tan sencilla. Yo lo amaba y, en momentos de debilidad como los de ese día, todos esos *deseos* y *quiero* que sentía por él, escapaban libres y sin control, derribando por completo la barrera que imponía a mi alrededor para guardar el secreto. No podía permitirme eso, no podía dejar que nadie, sobre todo él, supiera de esos sentimientos que me ahogaban por las noches, por las ansias de tenerlo a mi lado. No podía confesarlo mientras existiese ese temor que me petrificaba por algo tan mundano como un beso.

Un beso, algo que toda pareja practicaba con frecuencia.

Fui alzada de golpe y se me cortó el hilo de pensamientos. Todo el aire escapó de mis pulmones con brusquedad al ser dejada caer sobre un hombro como un saco de papas. El trasero de esa persona quedó frente a mis ojos y lo reconocí de inmediato. Cómo no hacerlo si lo contemplaba todo los días, especialmente cuando utilizaba el equipamiento de fútbol como ahora.

Mis tetas, que eran "exuberantes" —por no decir que eran grandes—, sufrieron el efecto de la gravedad y podrían fácilmente rozar mi barbilla si inclinaba mi cabeza

hacia adelante (de nuevo con mi habitual exageración). Me pregunté si podría terminar asfixiada si lo hacía. Sería una linda muerte para finalizar el día.

—O'Connor —susurré ahogadamente debido a la posición.

Él siguió avanzando. A lo lejos, escuché las risas de todos, los gritos obscenos, los silbidos y toda la sangre se dirigió a mis mejillas, que flameaban como hogueras. Incluso sentía calor, olvidándome por completo que hace solo unos segundos estaba congelada hasta los huesos.

—O'Connor, ¿no deberías estar terminando un partido?

—No —respondió—, el entrenador hizo un cambio de jugador.

Me mantuve muda por unos segundos, tan tranquila como podía estar una mujer histérica como yo. Debía admitir que incluso yo estaba sorprendida ante mi tranquilidad. Tal vez el hecho de que tuviese un psicópata personal, me había hecho cambiar la perspectiva de ver la vida: ja, sí, cómo no.

Él siguió caminando y mis tetas rebotaron con cada paso, marcando una especie de marcha. Mi trasero, por otra parte, seguía alzado en el aire como un blanco.

—¿No piensas que deberías bajarme?

Eso último lo dije más por el bien de mi maltratada delantera, que por otra necesidad. Temía bajar la vista y encontrarme con un pezón asomándose, en serio.

—No, no lo pienso.

Volvió a caer ese silencio tenso entre nosotros.

—O'Connor, bájame —ordené, perdiendo un poco la compostura. La idea de que se me arrancara un pecho, para que cualquier perverso pudiera verlo, me empezaba a atormentar.

—No. —Pausa—. ¿Por qué tu voz suena ahogada?

¿Cómo decirle sutilmente que mi posición impedía un mejor movimiento de mandíbula?

—Efecto de la gravedad —contesté—. ¿Me estás secuestrando?

—Sí.

Y me golpeó como un hombre golpea a su yegua.

En el trasero.

Fue un golpe suavecito, uno de esos que utilizaban los machos para ver cómo rebotaba el trasero de su mujer primitiva. Pero para mí, fuerte o despacio, había sido un golpe. Y me había tocado el culo.

Mi cuerpo se petrificó y, a continuación, me retorció sobre su hombro como una vaca histérica.

—¡BÁJEME AHORA! ¡MALDITO! ¡TE VOY A MATAR! ¡¿CÓMO TE ATREVES A GOLPEARME?! ¡NO SOY TU VACA DE CAMPO!

Me contoneé y O'Connor no logró soportarme por más tiempo. Caímos al suelo en un desorden de pies y manos. En mi desesperación por levantarme, clavé mi rodilla en su entrepierna y el codo en su rostro. O'Connor se quejó y gruñó en el piso, retorciéndose de dolor, mientras yo terminaba de ponerme de pie y comenzaba a patearlo.

—¡Maldito. Hijo. —Mis pechos daban un brinco con cada golpe para acompañar a mis palabras— De. Tu. Mamá!

Todo el romanticismo (dos personas bajo la lluvia, uno malherido y la enamorada llorando por su amor) se esfumó en el aire. Pero que conste que el culpable había sido O'Connor.

El perverso solo fue capaz de retorcerse en el piso de dolor, agarrándose las partes nobles con ambas manos.

Me giré y marché enojada.

Estúpido y sensual O'Connor. Arruinando momentos románticos desde tiempos inmemorables.

7: Condones.

[Historia en papel publicada por Editorial Planeta, puede encontrar el libro en todas las librerías de Chile]

7

Condonos

Mi ingreso a Highlands fue gracias a una postulación que constaba de tres pruebas. Se había hecho una convocatoria que prometía aceptar a cinco alumnos al exclusivo internado, uno de los más prestigiado y costosos de todo el país. La sola matrícula de la escuela era el sueldo de todo un año de mis dos padres.

Mi mamá había alucinado. No lo podía creer, estaba que deliraba de felicidad. Y es que ella, en sus años mozos, había sido buena alumna y por eso siempre había intentado darnos la mejor educación posible; algo difícil dada la situación económica que teníamos.

Así que, cuando mi mamá vio el anuncio (discreto, pero lo suficientemente llamativo para llamar su atención), lo extendió sobre la mesa y me llamó a gritos. Asustada, bajé corriendo y fui obligada a tomar asiento en la mesa

—Darás ese examen. —Y apuntó el aviso.

No había sido un pedido, no había sido una conversación: era una orden. Ante la obligación a la que se me presionaba, hice una mueca sin detener mi lectura del anuncio.

—¿Tengo que hacerlo? —pregunté, para nada convencida.

No quería dar el examen. Jamás me había sentido cómoda ante la presencia de gente adinerada y sabía que yo, en ese exclusivo internado, no pintaba nada. Sin embargo, era lo suficientemente inteligente para recordar que si quería ir a la universidad con una beca como deseaba, nunca podría hacerlo desde la escuela a la que iba.

—Sí —contestó ella.

Y eso había sido todo.

A las dos semanas, con trece años de edad, me había encontrado frente a un monstruo llamado Highlands.

Y mientras miraba ese enorme y costoso edificio, y a la enorme fila que salía por su puerta de acceso, jamás pensé que quedaría. Era imposible que me aceptaran ahí. Era inteligente, pero entre tanta gente debía existir un montón mucho más cerebritos que yo.

Con el sol en lo alto y con 36°C de calor, me puse en la fila. Era pleno enero, pleno verano y yo, en vez de estar bañándome en un grifo abierto o con una manguera, me encontraba ahí a punto de rendir un maldito examen.

Cuando las puertas del calabozo se abrieron a las dos de la tarde, deliré. Literalmente casi había tenido un derrame cerebral al recorrer el caminito y observar los metros de césped que me rodeaban en todo su esplendor. El edificio era tan hermoso que gimoteé un poco por mi miseria.

El examen constaba de una prueba convencional y un test IQ, ninguno de los dos muy fácil. Es más, podía abreviar el cómo creía que me había ido con un sonido: meh. Un «meh», que era muy explicativo. Ni fu ni fa. Ahí no más. Ni siquiera creía que me alcanzaría para la lista de espera.

Tardaron tanto en dar los resultados, que ya había eliminado de mi sistema el recuerdo de aquello. Faltaba una semana para que febrero finalizara cuando la carta llegó.

Contra todo pronóstico, contra todo «meh», contra todo ni fu ni fa, contra todo «Me fue ahí no más», contra todas las probabilidades del universo y desafiando a las mismas leyes matemáticas, había quedado en el maldito internado Highlands.

Más de tres años después de ese examen, estornudé sonoramente. Otra prueba, una que me recordaba agriamente a la primera que había rendido dentro de esa escuela, y que ahora se encontraba sobre el banco de madera, se llenó de saliva con microbios. Los mocos cayeron de mi nariz y rozaron mis labios. Me tapé de inmediato la cara y me giré para buscar papel higiénico en mi bolso.

—¡Señorita Howard! —dijo la señora Rogel golpeando mi mesa con la palma de la mano—. ¿Le está intentado copiar a su compañera?

Bella levantó la mirada de la prueba y sonrió. Me giré deprisa con la mano cubriéndome el rostro.

—No, profesora —respondí.

—Quítese la mano de la cara, que no la escucho.

—Profesora, no puedo —le informé con la voz ahogada—. Necesito papel higiénico. La señora Rogel, una mujer alta y de figura rígida como si tuviera una palo pegado a la espalda, me descuartizó con la mirada detrás de los vidrios de sus lentes (y vi la muerte versión mujer fea y amargada). Se agachó para estar a mi altura y me vi reflejada en los cristales; el espectáculo no era algo lindo de ver: una pelirroja, con grandes ojos grises y con pinta de haber pasado por una centrifugadora, me devolvió la mirada.

—Yo creo que esa es una excusa para ver el examen de su compañera.

Apuntó a Bella con un movimiento de cabeza.

Alcé una ceja.

—¿Realmente cree que necesito copiarle a Bella? —Solté una carcajada ahogada—. ¡Pero si soy yo la que le ayuda a estudiar! Ahora, ¿me dejaría buscar papel? Se me han caído las secreciones que produce la nariz con el estornudo y no es una imagen muy sexy que digamos.

Toda la clase estalló en risa. La señora Rogel sacó papel del bolsillo de la chaqueta y me lo entregó con enojo.

—Un movimiento más, señorita Howard, y le advierto que la reprobará.

Me soné y el sonido pareció hacer eco en toda la maldita habitación.

Resfriado de mierda, me lo merecía por lujuriosa. Pero eso no quitaba que la vida fuera injusta, porque mientras yo estaba agripada y ligeramente afiebrada, O'Connor se veía muy campante recostado en la silla ubicada dos filas más allá, lanzándome miradas llenas de rencor. Aún no olvidaba la rodilla en su entrepierna. Se lo merecía por golpearme como un animal de granja.

Deseando sacarle la lengua a O'Connor, cuál niña consentida, me obligué a centrarme en la hoja, pero el ataque de una mosca asesina me distrajo y al final terminé meditando sobre qué hubiese sucedido si O'Connor no me hubiera golpeado el trasero. ¿Habría superado mi miedo enceguedor y lo habría besado?, ¿o habría salido corriendo como un ternero asustado? Apostaba por lo segundo, era una cobarde de la peor calaña.

Volví a estornudar. Lo único que podía agradecer en esos momentos era mi increíble facilidad para recuperarme de los resfriados. En tres días ya ni recordaría que había estado enferma.

Deliré durante todo el tiempo que duró el examen y, cuando sonó la campana y la señora Rogel comenzó a quitarnos las hojas, observé mi papel dibujado en las esquinas con el nombre de una persona.

James O'Connor estaba escrito por todos lados.

Desesperada por lo que había estado escribiendo en mi delirio, agarré la goma y empecé a borrar a toda velocidad, rompiendo el papel por la mitad.

Oh, mierda.

La señora Rogel llegó a mi lado.

—¿Qué le pasó a su prueba?

Mi hoja rota me dijo *Hola* desde la mesa.

—Creo que sufrió un pequeño asesinato.

Gracias a Dios había alcanzado a borrar el nombre de ese neandertal, aunque aún había rastros del «Jam».

Y la señora Rogel, cómo no, se fijó en eso.

—¿Jam? ¿Por qué dice eso en su prueba?

Pestañeé.

—Tenía hambre y escribí «jamón» inconscientemente. Ya sabe, «jam» es «jamón». Pan con queso y j...

—Ya comprendí, señorita.

La había convencido. Demonios, hasta yo mismo me había convencido.

La señora Rogel me quitó la prueba.

—Está más que claro que tiene un uno en la prueba, señorita Howard.

La resignación se asentó en mí. O'Connor solo traía problemas a mi vida.

La señora Rogel siguió recogiendo los exámenes. Bella se puso de pie detrás de mí y tocó el brazo para que no me escapara.

—Y, bueno, ¿cuándo me vas a explicar por qué llegaste mojada ayer? —No respondí, solo seguí guardando mis cosas en el bolso—. Fue por James, ¿cierto? Quise poder refutar con un no, que O'Connor no tenía nada que ver con mi resfriado y mi incursión bajo la lluvia, aunque sería una mentira. ¿Por qué la vida no podía ser una mentira libre de O'Connor?!

—Sí, fue culpa de él —admití.

Wow, era una de las pocas veces que era tan sincera conmigo misma y con alguien. Debía ser el resfriado que había debilitado mi capacidad para enfrentarme al mundo, aunque el mundo técnicamente no se estaba peleando conmigo.

Bella dio un largo suspiro. Fuimos las últimas en abandonar la sala de clases.

—¿Cuándo le darás una oportunidad a ese hombre?

—Nunca —respondí.

Comenzamos a bajar las escaleras del edificio con dirección a la cafetería para almorzar.

—No lo entiendo —replicó Bella—. Él te quiere y tú a él, ¿por qué no están juntos? Me alcé de hombros.

—Cosas de la vida, ¿entiendes? Uno no puede tener todo lo que quiere, sería aburrido.

Bella me agarró del brazo y me detuvo en el descanso de la escalera.

—Estoy hablando en serio, Leah. Basta de bromas.

Me retorcí las manos hasta hacerme daño.

—Tengo que contarte algo, pero después de almorzar. —¿Yo había dicho eso? Sí, al parecer esa confesión había salido de mis labios. Un momento, esto no paraba—.

Mínimo tengo que tener el estómago lleno para enfrentarlo y contarte todo.

Dios santísimo, ¿en qué me había metido?

Bella no replicó. Seguimos bajando y fuimos a almorzar.

La cafetería estaba abarrotada como todos los días. Una larga fila de estudiantes se agolpaba frente a la ventanilla de almuerzos, a la espera de poder agarrar una bandeja y comenzar a recolectar lo que sea que se estuviese sirviendo.

Nos pusimos detrás de un grupo de chicas que no dejaban de chillar estruendosamente, haciendo que mis tímpanos resonaran en mis oídos. Debían tener unos catorce años y una de ellas llevaba un libro en la mano. Me incliné para leer el título y luego resoplé: era uno de los últimos libros juveniles de moda. Mucho romance, una chica con complejos por su imagen que cree que es fea, siendo que al final es hermosa. Sumado a ello, por supuesto, el famoso triángulo amoroso. Sabía todo eso, porque me había leído ese libro el año pasado y ahora me creía la gran cosa por haber medio superado esa etapa de libros románticos juveniles. Si algún día me decidiera a escribir un libro, sería sobre mi vida y se convertiría en un fenómeno mundial. Después de todo, yo no era un adefesio y tampoco pretendía hacerles creer que no me encontraba guapa. Y era un encanto de mujer, era imposible que alguien no me amase. Es decir, solo bastaba con mirar a mi alrededor y ver a todos arrodillados ante mí, suplicando por mi atención... vale, tal vez no fuera así, pero era lindo imaginarme como una mujer deseable.

Nos acercamos más a las bandejas.

Aunque, si tuviera la oportunidad para inmortalizarme en una hoja, me describiría con los pechos más pequeños. Por nada en el mundo quería ser conocida por todos por

culpa de ellos.

«Oh, miren, ahí está "Leah, la tetona"», me estremecía de solo imaginarlo. Todavía oyendo a la chica del libro contarles a las demás sobre el hermoso protagonista —que sabía era un ángel—, agarré una bandeja y puse los platos sobre ella.

—¿No crees que eso es mucho? —preguntó Bella, detrás de mí.

Miré su bandeja: llevaba nada más que una ensalada.

—Me gusta comer —contesté, agarrando un vaso de jugo.

—Ya, pero no estás precisamente esbelta... —me informó—. Te dejaría comer todo eso, si tuvieras el metabolismo alto y no engordaras. No es que te esté diciendo que estás gorda... —siguió rápidamente— pero podrías bajar un poco de peso, ya que así se reducirían tus pechos. Siempre te quejas de que son muy grandes...

Era cierto. Pensé entonces seriamente ponerme a dieta. Al final, saqué el postre de la bandeja y me quedé solo con el plato principal: era arroz con carne.

—¿Contenta? —le pregunté.

—No deberías mezclar carbohidratos con proteínas.

Rodé los ojos.

—Bella, no quiero ser un esqueleto como tú —le informé—. Me gustan mis curvas.

—A mí también me gustan —susurró alguien a unos centímetros de mi oreja.

Di un pequeño salto que derramó el jugo por la bandeja. Sintiendo que el corazón se me iba a escapar del pecho, volteé el rostro para encontrarme a James, con las manos en los bolsillos del pantalón y viéndose tan masculino que llegaba a ser irritante.

—¡O'Connor!

El maldito me había hecho perder mi jugo. Además, se sumaba el hecho de que era el último ser humano sobre la tierra que quería ver, después de la confesión y lo que había sucedido en el partido de fútbol.

El grupo de chicas que estaban delante de nosotras se volteó y le lanzó miradas soñadoras a James, mientras reían como retrasadas. Dios, alguien debería decirle a esas mujeres que O'Connor estaba lejos de ser un dios griego aunque lo pareciera, pero en una versión más oscura y peligrosa y...

Vale, estaba tan condenada como ellas.

—Hola, James —saludó Bella al chico, como si fuera lo más normal del mundo.

La fulminé con la mirada, para luego voltearme y seguir mi camino. Sin embargo, antes de hacerlo, agarré el postre abandonado y lo puse otra vez en la bandeja.

Necesitaría azúcar.

—¿Sabes por qué está enojada ahora? —le preguntó O'Connor a la traidora después de saludarla.

¿Se atrevía a preguntar eso? ¿Es que ese orangután tenía problemas de memoria?

¡Por supuesto que estaba furiosa! Primero por el hecho de que sabía algunos de mis secretos y segundo por haberme golpeado. Además, me había prometido averiguar el remitente de la carta y el peluche, y aún no había descubierto nada. Era un inútil de la peor calaña.

—¿Leah? —dijo Bella—. Bueno, Leah siempre está medio enojada: es su estado natural.

Hice el máximo esfuerzo para no demostrar enojo, hasta que llegué a la caja registradora y los observé de reojo, en el mismo instante en que el grupo de chicas pasaba por el lado de O'Connor y se golpeaban entre ellas para ver quién era la afortunada de pasar más cerca. Ganó la chica del libro.

—Hola, querida Leah —dijo la señora Josefina, una mujer que rondaba los cuarenta años y que estaba detrás de la caja registradora.

—Hola —la saludé, dándole una sonrisa.

—Wow, ¿ella sonríe? —Oí que decía O'Connor—. No tenía idea de que pudiese hacer eso.

La sonrisa se atornilló en mi rostro.

—No le des importancia a James —me susurró la señora Josefina con una sonrisa en sus regordetas mejillas—. Son hombres y tienden a comportarse así cuando les gusta una mujer.

Me sonrojé hasta la raíz.

—Oh, no. Está muy equivocada. O'Connor no está enamorado de mí, solo que es muy imbécil para ver que no me simpatiza.

La señora Josefina nos miró primero a mí y después a O'Connor, que se había movido hasta mi lado.

—Hola, bella mujer —saludó O'Connor a la pobre señora. Sacó su billetera del pantalón—. Pagaré por el almuerzo de ella.

Di un suspiro.

—O'Connor, soy alumna becada —informé exasperada—. Mis almuerzos son gratis, no tienes que pagar.

O'Connor pareció hacer un puchero con la boca.

—Pero yo quería pagarlo.

—Pues no puedes —contesté—. Mejor haz la fila y busca tu almuerzo.

La señora Josefina me anotó en la lista de alumnos becados, para comprobar que ya había pedido mi almuerzo y me marché. O'Connor corrió detrás de mí y Bella se quedó pagando.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó cuando tomé asiento en un puesto desocupado.

—No, no puedes —gruñí, esperando a que Bella llegara a mi lado.

O'Connor igual lo hizo, hasta que llegó Bella y lo sacó de su puesto con una mirada. Al no tener dónde sentarse y viendo que ninguna de los dos le hablaba, volvió a meterse las manos en los bolsillos.

—Me voy entonces —anunció.

Sabía que había dicho eso para que alguna de las dos intentara convencerlo de que se quedara. Siempre era Bella la que lo hacía, pero, esta vez, parecía un poco molesta por algo y dejó que se marchara sin levantar la mirada de su ensalada.

Bella llevaba más de cinco minutos paseando por la habitación como un león enjaulado. Habíamos terminado de almorzar hace un largo rato y nos habíamos dirigido a la habitación sin perder el tiempo. Tras unas pocas verdades de mi parte, habíamos llegado a eso: a Bella caminando sin sentido. Por otro lado, yo me encontraba echada como una vaca sobre la cama. Tal vez no había sido buena idea contarle a Bella sobre mi pequeña fobia.

—¿Cómo nunca me había dado cuenta? —preguntó, confundida.

Parecía estar en un profundo shock, y era entendible. Bella no tenía muchos escrúpulos con respecto a con quién se acostaba, así que tendría muchos menos en lo referente a los besos. Tener una amiga como yo, víctima de la filematofobia, debía ser horrible.

—Porque nunca se lo había contado a nadie —contesté.

Omití olímpicamente el hecho de que le había confesado ese secreto a O'Connor y Blair la noche que habían entrado al cuarto para *salvarme*. Sin embargo, al parecer mis súplicas habían sido escuchadas, porque parecía que ninguno de los dos había alcanzado a oír o entender (con su IQ era de esperar) lo confesado.

—¿Realmente le tienes fobia a besar?

Era la quinta vez que hacía la misma pregunta.

—Sí.

Suspiró.

—Ahora comprendo todas tus actitudes. Porqué siempre rechazas a James sin motivo y eres tan idiota. —Que tuviera un humor de mierda no tenía nada que ver con mi fobia, pero la dejaría creer que así era—. Pobrecita. —Se quedó callada unos segundos, clavada por fin al suelo—. Filematofobia: eso sí que es un problema.

—Ajá, y me lo dices a mí —respondí, secamente.

—¿Y tienes pensado hacer algo?

¿Morir casta y virgen contaba como un plan? Al parecer no.

—Eh... no.

Bella corrió hasta la cama y se sentó a mi lado.

—¿Realmente no has pensando ninguna solución a tu problema?

Lo medité por unos segundos.

—¿Y si me acuesto con O'Connor sin besarnos? Así logro disminuir mi frustración sexual sin tener que analizar mi trauma.

Bella me observó como si me hubiese salido otra cabeza; me toqueteé el cuello para comprobar que no era eso lo que había ocurrido.

—¿Y cómo tienes pensado hacer eso? —preguntó con un hilo de voz.

Le quité importancia al asunto.

—Bueno, es simple, ¿no tiene que meterla y listo?

Bella hizo un sonido estrangulado y comenzó a toser sonoramente.

—No, Leah, no es así de simple —respondió por fin, casi sin aliento—. Tal vez funcione por unos segundos, pero llegará el momento en que O'Connor intentará besarte, porque así funciona el sexo. —Pestañó, sorprendida—. ¡Oh, Dios mío, ¿realmente está ocurriendo esta conversación? ¿En verdad la única solución que se te ha ocurrido es acostarte con él sin besarlo?!

Yo no le veía lo malo al plan. Era simple y sencillo. Después de todo, mientras O'Connor pudiera meterla, no se quejaría, ¿o sí?

—Yo creía que a los hombres solo le interesaba enterrarnos el agujón y luego huir.

Bella abrió la boca para responder; después la cerró sin saber qué decir. Ajá, yo tenía la razón.

Al final, luego de largos segundos, dijo:

—Algunos hombres sí, Leah, pero tienes que entender que O'Connor está enamorado de ti.

Abrí los ojos de par en par, horrorizada. Ya era segunda vez en el día que me veía obligada a oír esa estupidez.

—No, no lo está —la contradije—. Solo siente frustración sexual hacia mí, porque no ha podido conseguirme fácil.

Bella pareció como si quisiera decir algo con respecto a lo último punto, aunque se arrepintió y siguió.

—La cosa, Leah, es que no funcionará. —Me miró con seriedad—. Hay que pensar en otro plan.

Así lo hicimos.

Los minutos fueron transcurriendo, hasta que repentinamente, la castaña gritó:

—¡YA LO TENGO, LEAH! —Sus ojos color miel centellaban por la emoción y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro—. Es tan simple que no sé cómo no se nos ocurrió antes. —Ya me estaba impacientando por oír el plan, cuando siguió—: Tienes que emborracharte.

Mi cerebro se paralizó por largos segundos y después, poco a poco y funcionando a cuerda, se fue reactivando.

—¿Emborracharme? —pregunté confundida. No lograba entender ese plan tan simple—. ¿Y de qué me serviría...?

¡PAF! ¡Mente iluminada! Cuidado mundo, ha vuelto Einstein versión colorina.

¡Claro! Era más que obvio que el alcohol era mi solución: me haría olvidar los miedos y preocupaciones que tenía, solo dejando que me centrara en el momento, en el ahora. Y como mi presente siempre era, y sería, besar a O'Connor: ¡podría hacerlo! Era un plan increíblemente brillante.

Estuve a punto de besar a Bella por la emoción, hasta que recordé mi temor y el hecho de que no me interesaban las mujeres.

—¿Cuándo podré poner en práctica el plan? —la interrogué, desbordando emoción.

Me sentía como una niña con un dulce de regalo.

Me respondió de inmediato, como si eso lo hubiese pensado hace ya mucho tiempo.

—¡Hoy! —exclamó—. Le diré a todo el mundo que haré una fiesta en mi casa. Y, por supuesto, invitaré a James y Derek.

La idea ya no me parecía del todo buena. ¿Hoy? Todavía no me sentía preparada psicológicamente. Al aceptar el brillante plan, me había hecho la idea de que lo pondríamos en marcha en una semana más. Pero no hoy. Eso ni siquiera me daba tiempo para practicar besando a una manzana, ni mi mano, ni un vidrio. Sería lanzada a los leones sin entrenamiento.

—¿No podría ser la semana que viene? —pregunté, esperanzada.

Si Bella aceptaba, tendría toda una larga semana para practicar hasta que me doliera la mandíbula, además de que tendría tiempo suficiente para aceptar el hecho de que, por fin, besaría a O'Connor. Esa era una información demasiado importante como para procesarla con tanta facilidad.

Bella negó rápidamente.

—No, lo siento, tiene que ser hoy.

Estaba jodida.

No tenía otra que ir al supermercado y comprarme un botellón de ron. Solo esperaba estar lo suficientemente borracha para cuando O'Connor llegase a la fiesta.

Fue el día más largo que tuve la desgracia de vivir. A pesar de que frente a mis ojos pasaban imágenes de los sistemas inmunes en la clase de Biología, no era capaz de concentrarme. No hacía más que desviar los ojos, una y otra vez, al reloj que colgaba sobre la pantalla blanca y donde se proyectaban, una tras otras, las materias del día. La profesora Carolina Díaz paseaba por la sala de clases hablando incesantemente, explicando todo con mucho detalle para no dejar nada al aire.

Tenía la suerte de que James O'Connor estaba sentado en la última fila, mientras que yo ocupaba una de las primeras. Tenía esa suerte porque, de lo contrario, no habría sido capaz de dejar de mirarlo, hasta el punto de parecer una psicópata.

Más nerviosa que en toda mi maldita vida, me acomodé una vez más sobre mi asiento y una vez más me retorcí las manos hasta hacerme daño. De pronto, el proyector cambió de imagen y aparecimos James y yo entrelazados en un abrazo apretado, con nuestros labios unidos. Horrorizada, me observé cayendo sobre una cama con él sobre mí, sin dejar de besar cada centímetro de mi boca.

Mis mejillas ardieron furiosamente y les lancé una mirada desesperada a mis compañeros, que seguían contemplando con somnolencia la pizarra. Extrañada porque no estuviesen igual de espantados que yo por lo que acababa de mostrarnos el proyector, me volteé para lanzarle una mirada angustiada a James.

Pero O'Connor miraba con aburrimiento por la ventana, con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Con el corazón latiendo furiosamente, observé su perfil casi con devoción. No parecía alterado. Nadie en la sala lo parecía, incluso la profesora Carolina seguía hablando animadamente, intentando entusiasmarlos.

Arrugando levemente el entrecejo, volví a clavar mi vista en las imágenes proyectadas, que volvían a ser sobre la materia.

Me estaba volviendo loca de la angustia: estaba imaginando cosas. Si seguía así no llegaría cuerda al final de la clase y, mucho menos, al término del día.

Fue una tortura horrible. El resto de la hora no hice más que moverme en el asiento, llegando al punto de desear salir corriendo de la sala y escapar para siempre. A duras penas, logré soportarlo y quedarme.

Cuando la campana sonó a las cuatro y media de la tarde, anunciando el fin de la semana escolar, me puse de pie tan deprisa que mi silla chirrió sobre el suelo y cayó pesadamente. Todos los ojos se clavaron en mí, para después volver a ignorarme monumentalmente.

La profesora salió de la sala de inmediato, nunca quedándose más de lo que le demoraba agarrar su bolso. Sin perder el tiempo, sentí un movimiento detrás de mí.

Al girarme, Bella se estaba subiendo a una mesa y llamaba la atención de todos.

Sentí mis piernas débiles y la miré con temor, deseando, de pronto, que no anunciara

nada para así poder salir corriendo como la gallina asustada que era.

—Solo diré una cosa —Se aclaró la garganta—, ¡fiesta en mi casa hoy en la noche! ¡Están todos invitados, así que corran la voz por toda la escuela!

Bella se bajó de la mesa como una reina: siendo ayudada por dos hombres y con aplausos emocionados de la clase. En vista de esa imagen, me obligué a sonreír cuando O'Connor me lanzó una mirada especulativa.

Estaba hundida.

Todos los días, el horario escolar terminaba a las cuatro y media de la tarde. Después de esa hora, comenzaban los ramos deportivos o electivos, los que uno decidía tomar o no. El día viernes era el único día que, la gran mayoría de esas clases, no se impartían, dejándonos desde las cuatro y media hasta las siete de la tarde para ordenar nuestras pertenencias y hacer todo lo que implicaba dejar en libertad a tantos alumnos.

Tras salir corriendo de la sala de clases para que nadie pudiera alcanzarme, me fui a mi habitación a ordenar mis cosas y a perder el tiempo hasta que las puertas del internado se abrieran y nos dejaran, por fin, libres.

Cuando las campanas sonaron anunciando el final de la semana de internado, por mucho que intenté correr entre la avalancha de alumnos, para huir sin ser vista por O'Connor, no lo logré.

O'Connor me alcanzó en la entrada y me detuvo, antes de que pudiese ignorarlo. Con el corazón desbocado, las manos sudorosas y sintiéndome como la mierda, lo vi acercarse con unos jeans desteñidos con un agujero en una de las rodillas, y una camiseta celeste que resaltaba terriblemente el color de sus ojos. Se veía mayor, no como el adolescente de diecisiete años que era, sino como un veinteañero.

—Leah —susurró.

Había sido un murmullo tan bajo, que casi no había logrado oírlo con todo el boche de la gente hablando animadamente. Dejé el bolso en el suelo, mientras me removía nerviosa.

—¿Sí? —le contesté, obviando olímpicamente el hecho de que me había convertido en un charco al escuchar mi nombre susurrado por él.

O'Connor se detuvo frente a mí, tambaleante. Hacía mucho tiempo que no lo veía así de nervioso. Ya no parecía un pavo real con las plumas despeinadas, sino más bien una paloma mendigando migas de pan.

—¿Irás a la fiesta de Bella?

La pregunta quedó flotando entre nosotros.

Estuve a punto de decirle que no, solo para molestarlo como él siempre lo hacía conmigo. Sin embargo, algo, un extraño aletear de polillas zombis en mi estómago, me hizo responderle con la verdad.

—Sí —solté.

La sonrisa que me mostró en ese momento hizo que mis piernas temblaran como gusanos y casi caí al piso por eso. ¿Es que de pronto había comenzado a temblar? O'Connor no parecía víctima de ese terremoto interno que yo tenía la desgracia de vivir. Maldito.

—Te veo ahí entonces.

Antes de marcharse, me sonrió y sentí que iba a estallar en llamas. La tensión se palpaba entre nosotros. ¿Le habría dicho Bella que hoy estaba dispuesta a caer bajo sus encantos?

No pude seguir analizando ni torturándome con todo aquello, porque se giró y siguió caminando lentamente. Al salir en libertad, se detuvo leves instantes, ligeramente desorientado; a continuación, sacudió suavemente la cabeza y siguió su camino, hasta que subió al automóvil negro. Sea lo que sea que quiso decirme y no lo hizo, nunca lo supe.

Suspiré y agarré el bolso. Distraída, salí y comencé a caminar por la entrada, viendo pasar las costosas limusinas que iban a buscar a los alumnos del internado. Todos parecían tener automóvil, excepto yo, que debía caminar hasta el paradero para

tomar la locomoción pública.

Iba ya caminando por la deshabitada calle, cuando se detuvo un vehículo a mi lado. Uno de los vidrios polarizados se bajó. James me observó desde dentro.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó. Me detuve, sorprendida—. Te puedo llevar a casa.

Negué suavemente con la cabeza e insistió.

—No te preocupes —susurré, volviendo a ponerme en marcha—. No voy a mi casa ahora.

—Pero, Leah, no te preocupes. Puedo llevar a donde tú quieras.

Volví a negar. Atreviéndome a ser encantadora con él (hoy planeaba besarlo), le sonreí levemente.

—No te preocupes.

Si aceptaba ir con él, James me llevaría hasta el supermercado y después insistiría en entrar conmigo. No quería estarle explicando que necesitaba comprar un botellón de ron para emborracharme y así poder besarlo como deseaba. No solo se sentiría ofendido por eso, sino que, al mismo tiempo, halagado por verme hacer semejante sacrificio por él.

—¿Estás segura?

—Sí —musité.

James no insistió. Con los años había aprendido que lo mejor era dejarlo así.

—Nos vemos, entonces.

Con un suave susurro, cerró la ventana del automóvil y este se puso en marcha, dejándome sola en la desierta calle a la espera de la locomoción pública.

Una vez superada la conmoción por la preocupación de O'Connor, me dirigí hacia el supermercado a propulsión máxima. Tenía que apurarme, porque debía ir a casa a darme un baño, arreglarme y emborracharme (principalmente emborracharme hasta perder la conciencia).

Sin embargo, como nada podía salirme bien de inmediato, unos minutos más tarde me encontraba en el medio del pasillo de «Licores» en un profundo e innegable estado de desesperación.

Dios, era tan estúpida. En algún momento del día se me había borrado por completo la información de que aún no era legalmente mayor de edad, que aún no tenía dieciocho años y, por ende, no podía comprar alcohol.

Estaba cayendo en un trance de histérica que me haría terminar lanzando los bolsos contra el estante, cuando logré controlarme, sacar el teléfono celular de mis pantalones raídos y marcar el número de Bella. Tranquila, tan paciente como podía estar en un momento como ese, esperé a que Bella contestara.

—¡Bella! —exclamé en una especie de medio grito, medio chillido—. Se pudrió todo. Bella lanzó un largo suspiro, sabiendo que, nuevamente, algo malo me había ocurrido. La mala suerte me perseguía, tal vez debería ir a santiguarme para sacarme el mal de ojo.

—¿Por qué?! —exclamó ella, agitada—. ¿Qué sucedió?

Tomé aire antes de contestar.

—¡Tengo diecisiete años, Bella! —Gemí en miseria—. No puedo comprar alcohol, así que no podré emborracharme y, por ende, no podré besar a O'Connor. Todo se pudrió. Suspense la fiesta.

Tras un corto silencio, la oí soltar una risita.

—Si serás tonta —dijo con humor. Mierda, ¿por qué estaba contenta cuando mi mundo se estaba derrumbando? Parecía no entender el hecho de que no podría besar a O'Connor. No podría, fin de la historia—. Me has asustado, pensé que era algo más grave.

Lancé el bolso pesado al suelo, soltando un bufido de indignación. Claro, tal vez para ella no era grave el hecho de que esa noche no podría superar mi trauma bajo litros de alcohol.

—¿Y crees que esto no es grave? —jadeé.

Soltó otra risita tonta.

Muy bien, si volvía a hacer eso, le colgaría.

—No, tonta. Iré de inmediato al supermercado y compraré la botella por ti.

Sentí que kilos y kilos de angustia y desesperación se esfumaban de mis hombros.

Oh, Dios, gracias por bendecirme con tu suerte.

Era una estúpida por partida doble. No solo había olvidado que yo era menor de edad, sino, además, que Bella sí estaba reconocida como adulta responsable. Incluso tenía un hermoso automóvil descapotable que le había regalado su padre para su cumpleaños número dieciocho. Mientras que a mí me compraban un pastel y un par de zapatos... eso me hizo recordar que tenía que pedirles calcetines a mis tías de regalo de cumpleaños.

—Eres mi salvadora, Bella —le agradecí.

Pude escuchar su risa al otro lado del teléfono, y esta vez no me irrité.

—Necesito que pases a comprarme una gotitas para el rojo del ojo en la farmacia

—pidió.

Me rasqué la cabeza.

—¿Te dio una infección? —pregunté.

Volvió a reír. Bueno, tal vez sí me seguía irritando horriblemente esa risa.

—No, voy a fumar hierba y necesitare las gotas para que no se me pongan los ojos tan rojos.

Sabía que Bella fumaba, que tomaba alcohol y que, incluso, algunas veces probaba el éxtasis en las fiestas más descontroladas a las que iba. Pero saber que iba a pasar en una cuestión de horas, era diferente a solo imaginarlo.

—Vale. Te estaré esperando en la farmacia, entonces.

Corté. Tenía solo un par de minutos para comprar las gotitas, Bella vivía prácticamente al lado, en unas mansiones que daba miedo el solo hecho de pasar por fuera de ellas.

Me encaminé hacia la farmacia que estaba al lado del supermercado y entré al recinto. Estaba transitando por unos de los pasillos de la farmacia para llegar a uno de los vendedores cuando... ¡Paf, sorpresa! Una sección llena de cajas. ¿Podría ser lo que creía que podría ser...? Agarré una de los paquetes y leí:

«Condomes».

Vaya, era la primera vez que me encontraba tan cerca de esos aparatos. Nunca había tenido una de esas famosas cajas en mis manos, solo las había visto en televisión. Era toda una oportunidad que no podía desperdiciar.

Agarré un folleto que había en la repisa, con título de «¡APRENDE A PONER UN CONDÓN!» y leí las instrucciones:

«Ocho pasos para poner un condón»

¿Tantas instrucciones se necesitaban?

«Paso número uno: discutir, comunicar y consentir...»

¿Qué mierda era todo eso? ¿Clases de ética y buenos modales? No tenía sentido.

«Paso número dos: busca un pene erecto...»

Cuidado mundo, había un Einstein en la ciudad.

Con la caja de condones en la mano, voltee el folleto explicativo. Al contrario que la parte delantera, esta tenía una serie de dibujos. En la primera aparecía un sobre medio abierto; en la segunda, una mano agarrando el condón entre los dedos gordo e índice; la siguiente imagen era la de un pene erecto siendo cubierto por el plástico, y la cuarta y última, era todo el pene cubierto.

—Me pregunto... —susurré.

¿Les dolería a los hombres ponerse los condones? Es decir, la imagen no mostraba mucho, pero igual no se veía muy cómodo. A mí me molestaban los sostenes, así que un condón debía sentirse algo parecido, como si se los estuviera estrangulando, como si al macho de la relación le pusieran una camisa de fuerza. Bueno, por lo menos ellos tenían la suerte de que los condones no tenía esos malditos fierros (las barbas) que se salían y se empezaban a enterrar en tus tetas como si fueran

soldados intentando matarte del dolor.

Una idea destelló en mi cabeza.

Hoy iba a besar a O'Connor e iba a estar borracha y cabía la posibilidad de que, en mi ebriedad, me bajara la calentura. Sí, lo mejor sería prevenir, me llevaría una caja por si saltaba la liebre y me daba por revolcarme con O'Connor en algún rincón. No quería quedar embarazada.

El problema era que me percaté de que los condones venían en diferentes tamaños y sabores (los de chocolate llamaron mi atención), lo que me pareció de lo más lógico, pero eso no me ayudaba con el hecho de que no sabía cuánto media la anaconda de O'Connor... James (debería comenzar a llamarlo por su nombre si ya estaba planificando una noche de pasión). Intenté recordar su tamaño cuando le había clavado la rodilla en ese sector. Había sentido un bulto grande, pero eso me dejaba en la misma indecisión. Que tuviera un bulto enorme, no significaba que la tuviese... bueno, grande. Podía ser que sus... eh, esos sacos que colgaban, fueran los de gran tamaño. Hasta, incluso, cabía la posibilidad de que se pusiera calcetines para aparentar más.

Agarré la caja que decía XL. Bueno, si le quedaba un poco grande, siempre estaba la alternativa de hacerle un nudo o algo así, aunque no sabía si se podía hacer eso.

Mmmh, tendría que preguntarle a Bella sobre esos detalles técnicos...

—Leah.

La caja de condones casi salió volando de mis manos. Me giré con el corazón acelerado, mientras apretaba el paquete contra el pecho, para evitar morir de un ataque al corazón.

Era Bella.

—¡Oh, mierda!, casi me matas del susto.

Intenté tranquilizarme para no golpearla por haberme hecho envejecer diez años.

—¿Qué haces? —preguntó, mirando con curiosidad la caja aplastada contra mi pecho.

Mi especialidad era ser extremadamente sincera de vez en cuando, lo que era un horrible defecto en la mayoría de mis días penosos.

—Estaba viendo unos condones —contesté.

Arrugó el entrecejo.

—¿Y para qué?

Claramente ella no estaba viendo los pensamientos perversos que aparecían en mi mente cada vez que O'Connor con ese bañador bailaba sensualmente en mi mente. Maldito mono; ahora por su culpa no solo tenía que soportar mi locura, estupidez y mal humor, sino que también una inminente zoofilia. Dios salve a la reina, nadie me había obligado a sentirme atraída por un simio en traje de baño.

—Por si salta la liebre prefiero estar preparada —comenté—. No quiero quedar embarazada de O'Connor.

Bella me quitó la caja de la mano y la miró, después la dejó a un lado y escogió otra, ignorando monumentalmente el hecho de que había confesado que me quería acostar con un animal.

—Esta es de mejor marca, la otra es mala. —Repentinamente, los ojos de Bella se abrieron—. Leah, ¡escóndete! ¡James a la vista!

Le lancé la caja de condones a Bella y corrí a toda velocidad, para a continuación apoyarme en el mostrador y hacer como si me encontrase ahí por cualquier otro motivo que comprar condones. Con el corazón acelerado, me giré levemente para observar a O'Connor y a Blair pasar por fuera de la tienda hacia el supermercado; me encontré con Bella riéndose como una maniaca.

Mierda, había caído.

Respiré agitadamente, intentando sacar el susto del cuerpo; ya llevaba veinte años menos de vida. Si O'Con... James me hubiese visto con los condones me habría comprado un revolver y suicidado. No hubiese podido soportar la vergüenza, la completa humillación.

Después de comprar las gotas para los ojos, los condones (que tuvo que pedirlos Bella, ya que yo no soportaba la vergüenza) y el botellón de ron, nos dirigimos al estacionamiento del supermercado. Nos detuvimos a un costado del coche de Bella, un hermoso *Porsche* descapotable color negro y me senté en el asiento de cuero con suavidad, intentando no arruinarlo con mi culo de poca clase.

—Leah, la tapicería no se arruinará —comentó Bella sonriendo.

No le creí. Algo tan bonito y delicado de todas maneras podía ser arruinado por mí; es más, podía ser el automóvil más tosco y feo del planeta, pero, ante mi presencia, podía volverse más tosco y feo de lo que ya era. Así que: no, señores, no pensaba desparrame en el asiento.

Observé la caja de condones que llevaba dentro de la bolsa. Explorar un poco no le hacía mal a nadie. La saqué y la abrí. Me encontré con tres condones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Bella, encendiendo el motor.

—Esto se llama descubrir lo desconocido —contesté, mientras agarraba el pedazo de plástico dentro del paquete.

Una sustancia parecida a la baba de un caracol lo cubría.

—Desperdiciaste un condón en una estupidez —me comunicó Bella, saliendo del estacionamiento.

Alcancé a afirmarme de la puerta, cuando Bella tomó una curva cerrada y aceleró; la potencia del motor me lanzó contra el asiento con fuerza.

Con el condón colgando de mis manos, me puse el cinturón de seguridad. No quería morir virgen estando tan cerca de que la acción ocurriese.

—¿Crees que con dos sea suficiente? —le pregunté.

Bella se mostró ligeramente exasperada.

—Leah, dudo seriamente que ocupes uno.

Miré la babosa, digo, el condón. Sin medir lo que estaba haciendo, lo acerqué a mi rostro y, lentamente, saqué la lengua. Cuando esta había alcanzado a rozar el plástico, Bella apretó el freno. Mi cabeza dio un rebote hacia adelante y el cinturón de seguridad se apretó contra mi pecho, dividiendo el monte de mi busto en dos grandes montañas que se alzaban en todo su esplendor.

—¡Pero qué demonios...! —exclamé, sin aliento.

—¡No vuelvas a chupar ese condón en plena calle! —chilló Bella histérica.

Entre asustada por el frenazo e impresionada por su reacción, asentí.

—Lo que tú digas —accedí. Bella aceleró—. ¿Y se puede preguntar por qué no puedo probar su sabor? Siempre he visto en los programas de sexualidad, que recomiendan... eh —Me sonrojé horriblemente—. Que recomiendan...

—¿Chuparla? —Me ayudó.

Miré sus cejas alzadas de reojo.

—Sí, eso. Bueno —Me aclaré la garganta—, siempre recomiendan que uno lo haga con un condón puesto.

Bella dio un largo, largo suspiro.

—Sí, pero para eso están los con sabores, Leah. —Apuntó el condón muerto en mi mano con un movimiento de cabeza—. El que tienes tú sabe a látex, y no es un sabor precisamente exquisito.

No había nada que yo pudiese decir ante eso. Era ella la de la experiencia, yo solo era un primate.

Sin saber qué más hacer con el condón, lo inflé como si fuera un globo y le hice un nudo. El globo que quedó era del largo de mi antebrazo y, de inmediato, me pregunté si O'Conn... James la tendría de ese porte. Sí era así... me bajó el miedo. Si intentásemos tener sexo, O'Co... James me partiría por la mitad o me dejaría inválida o, simplemente, no podría meterla. Las matemáticas de proporciones no mentían. Lancé el condón fuera del vehículo, antes de que pudiese seguir atormentándome con eso.

—Tengo una duda existencial —le comenté a Bella. El automóvil descapotable dobló por una calle—. Si a O'Co... James le quedase grande el condón —Y le rogaba a Dios que así fuera—, ¿le podré hacer un nudo para que le quede bien?

Bella frenó tan repentinamente, que mi cabeza dio un rebote hacia adelante y el cinturón de seguridad volvió a estrangularme. El vehículo que iba detrás de nosotras frenó de golpe y, tras una maniobra, aceleró por el costado.

—¡Mujer tenía que ser! —rugió el conductor, lanzándole una mirada furiosa a Bella.

—¡El maldito imbécil serás tú! —le grité de vuelta, dándole una partida doble de dedos de al medio. Acto seguido, me giré hacia Bella—. Eh, ¿por qué no respondes mi pregunta?

Bella soltó un murmullo discreto.

—No puedo creer que tu ignorancia respecto al sexo llegue a tal punto que no sepas que jamás, ¡JAMÁS!, le tienes que hacer un nudo a un condón. —Dio un largo suspiro. — Es más, solo diré que, si llegara a saltar la liebre, como vulgarmente lo llamaste, te limites a entregarle el condón al hombre y te quedes con tus manos y tus ideas, lejos del proceso.

Con un puchero de protesta, me volví a acomodar en el asiento. Bella apretó el acelerador y nos marchamos a toda velocidad. No era mi culpa que en la escuela nunca hubiesen mencionado esos pequeños detalles. Tendría que investigar sobre el tema, mas, por ahora, me limitaría a hacer lo que me había aconsejado Bella. Era demasiado tarde para una clase. No quedaba más que esperar a la acción.

8: La fiesta.

Estimados,

Hasta aquí la historia está disponible gratuita. Para seguir leyendo, el libro se encuentra en papel.

Historia eliminada por publicación con la editorial Planeta.

Disponible en papel desde finales de enero 2016 en Chile.

En otros países deben preguntar en su librería más cercana, puesto que el libro se encuentra en Chile, Argentina, México y algunas librerías de Paraguay y Centroamérica.

Muchas gracias por los más de 3 años que esta historia estuvo disponible aquí en wattpad.

Gracias a Ramiro Alex Flores Santa Cruz.